

unas con otras imperceptiblemente a través de las fronteras. Un modelo así es complejo (y por lo tanto carece del atractivo inmediato de los modelos simples). Pero la lengua es multidimensional y se distorsiona cuando está representada por cualquier modelo unidimensional o bidimensional.

3

MECANISMOS DEL CAMBIO

La historia de la lengua parte de la noción de que el cambio lingüístico es en su mayor parte regular; lo que esto implica es que todas las palabras, oraciones y demás unidades susceptibles de un determinado cambio se ven de hecho afectadas por esta regularidad en una comunidad de habla dada. Aunque existen grandes dificultades para definir en qué consiste una comunidad de habla, y aunque, como veremos cuando abordemos la difusión léxica (apartado 3.5), los cambios no actúan a la vez en todos los elementos que cumplen los requisitos para ser afectados y algunas palabras pueden no verse en absoluto alteradas, sin embargo, sigue siendo cierto que muchos, si no la mayoría de los cambios, operan de manera notablemente regular, afectando a todas las unidades apropiadas, en un determinado lugar, en un período de tiempo mensurable. Podría parecer paradójico que esta regularidad sea especialmente perceptible cuando hay muchos elementos susceptibles de un cambio. Por ejemplo, podemos estar bastante seguros de que en todas las palabras que el español ha heredado por transmisión oral y que contenían una [t] intervocálica en latín (por ejemplo, ACŪTUS, CANTĀTUS) tuvo lugar el mismo proceso de sonorización y fricativización que dio [ð] en español (*agudo*, *cantado*). Por el contrario, sólo cuando hay un grupo pequeño de palabras que muestran el mismo elemento que está sujeto al cambio es cuando en-

contramos la mayor irregularidad. Así, hay sólo un número reducido de palabras que en latín presentaba la combinación NG seguida de una vocal palatal y que el español ha heredado (por ejemplo, TANGERE, GINGIVA, QUINGENTĪ) y, sin embargo, en este pequeño grupo encontramos tres evoluciones diferentes: [ɲ] (*tañer*), [nθ] (*encia*), [n] (*quinientos*)¹. En el apartado 3.1.6 ofreceremos una posible explicación a este tipo de evolución irregular, pero no deberíamos perder de vista el hecho de que cada cambio lingüístico, por muy regular o irregular que sea, presupone una larga cadena de imitaciones de un hablante a otro. Este capítulo tratará de este tipo de imitación, el proceso mediante el cual el cambio se extiende a través de los grupos sociales, y la manera en que la composición de esos grupos puede influir en quién imita a quién.

En la segunda mitad del siglo xx, todos los lingüistas estaban de acuerdo en que no sólo el cambio, sino también la variación son inherentes a la lengua humana. Mientras que desde hace mucho ha sido evidente que el cambio lleva a la variación, es cada vez más evidente que el cambio de la lengua es dependiente de (algunos dirían que está causado por) la variación lingüística. No es este el lugar para entrar en el inacabable y fascinante debate sobre la causa final del cambio lingüístico; este debate puede seguirse, por ejemplo, en Aitchison (1991), Kiparski (1988), Lass (1980) o Milroy (1992), cada uno desde una perspectiva diferente. Sin embargo, en este punto debemos hacer una distinción fundamental a fin de aclarar todo lo que veremos a lo largo de este capítulo; se trata de la distinción vital entre, por un lado, la causa y el establecimiento de un cambio en un determinado grupo social, y, por el otro, la difusión de tal cambio a través de la comunidad.

Trataremos aquí del segundo de estos fenómenos, la difusión del cambio a través del espacio social y geográfico. Al hacerlo así, tendremos que tener presente un importante principio, a saber, que casi

¹ Al lado de *quinientos* encontramos la antigua forma castellana *quiñientos*, que podría ser la forma patrimonial más directa.

todos los cambios se difunden a través de la conversación cara a cara entre individuos, como consecuencia de la cual un individuo adapta algunos aspectos de su habla a la del otro, y luego, al menos a veces, contagia los rasgos recientemente adquiridos a otro individuo². Hasta la introducción de los medios de comunicación de masas, como la radio y la televisión, es obvio que *todos* los cambios lingüísticos se difundían en la conversación cara a cara, pero incluso en la aldea electrónica global, no está nada claro que estos medios de comunicación sean los responsables de la difusión de muchos cambios. Pueden ser responsables de introducir nuevos conceptos en los oyentes y espectadores, junto con la adecuada nueva terminología, y podrían incluso de vez en cuando provocar en los oyentes la sustitución de algún rasgo existente por otro más moderno (por ejemplo, alguna palabra o tipo de pronunciación), aunque aun esto está abierto a debate, ya que los medios de comunicación sólo pueden reforzar elementos que un hablante ha oído en la conversación cara a cara. Pero no está tan claro que los *mass media* tengan algún otro efecto más profundo en la manera en que la gente habla, y hasta que no se trabaje más en esta cuestión, asumimos plenamente que la mayor parte de los cambios se difunden a través de la interacción persona a persona.

3.1. CONTACTO DIALECTAL

Uriel Weinreich (1953) inició una importante serie de estudios sobre las influencias que se ejercen mutuamente las lenguas que están en contacto, esto es, en comunidades bilingües, y contribuyó a definir los tipos de procesos de adaptación que se pueden esperar en tales situaciones. Más recientemente, este tipo de estudio se ha ampliado a las situaciones en que las variedades en contacto no son lenguas mu-

² Debe recordarse que el término *rasgo* denota, como en otros lugares a lo largo del texto, cualquier aspecto lingüístico, incluyendo una pronunciación o estructura fonológica, morfológica, sintáctica, semántica, léxica, etc.

tuamente ininteligibles sino dialectos que ofrecen una completa o sustancial inteligibilidad mutua para sus respectivos hablantes. Un importante ejemplo de este trabajo es el de Peter Trudgill (1986), que establece que la principal consecuencia del contacto entre hablantes de estos dialectos mutuamente inteligibles es al principio la *acomodación*, que puede convertirse en reajuste con el tiempo.

3.1.1. ACOMODACIÓN

Cada vez es más evidente que los hablantes de cualquier lengua están sometidos a cierto grado de acomodación. Es decir que cada hablante adapta su habla (mediante la elección entre determinadas variantes) al habla de la persona o personas con las que conversa. Es frecuente que algunos individuos adapten de esta manera su habla más que otros, pero probablemente todos hacemos este tipo de adaptaciones durante la conversación. La acomodación del habla se hace más obvia cuando un individuo se va a vivir a otra parte del país o a otro país donde se habla la misma lengua; de nuevo hay diferentes grados de adaptación del habla en esos individuos: algunos retienen casi todas las características de su variedad materna, otros se adaptan de manera aparentemente completa a su nuevo ambiente lingüístico, y la mayoría se sitúa entre ambos extremos. En la última década se ha reconocido que el contacto entre hablantes de variedades mutuamente inteligibles puede dar lugar a un resultado más amplio; los rasgos lingüísticos que se adoptan como resultado del ajuste en la interacción cara a cara entre individuos que hablan variedades diferentes pueden llegar a ser utilizados incluso por otros individuos que nunca antes habían empleado esos rasgos.

Un ejemplo relevante en el español sería el de una pareja que emigrase desde el centro de España a Hispanoamérica. Al principio estos hablantes de español mantendrían la distinción entre /θ/ y /s/ (esto es, se mantendrían como hablantes no seseantes, distinguiendo entre

caza y *casa*) tanto cuando hablasen entre ellos como cuando hablasen a otros, pero luego se esperaría que adoptasen una pronunciación seseante en algunas palabras al menos cuando se dirigiesen a la gente de la región. La siguiente etapa crucial vendría cuando la pareja española comenzara a usar la pronunciación seseante entre ellos, probablemente al principio con las palabras que hubiesen aprendido en su nuevo medio, pero más tarde posiblemente también con las palabras que hubieran empleado siempre. Aunque este proceso no es inevitable, y algunos individuos se muestran más abiertos que otros, parece probable que este es el mecanismo mediante el cual se propaga el cambio de individuo a individuo, incluso en situaciones de contacto donde se da un cierto equilibrio numérico entre grupos que tienen rasgos lingüísticos opuestos. De este modo, un rasgo que empieza como una adaptación provisional en la interacción cara a cara puede ser adoptado con el tiempo por toda una comunidad de habla.

Casi todos los estudios sistemáticos en los que se basa la teoría de la acomodación se han llevado a cabo en el ámbito anglo-germánico, la mayoría a menudo como resultado del estudio del contacto entre variedades mutuamente inteligibles del inglés, por ejemplo, en las ciudades de reciente creación. Trudgill (1986: 1-82), aprovechándose de un trabajo anterior de Giles (1973), emplea datos provenientes del Reino Unido y de Escandinavia para identificar los factores que aceleran o retienen la adaptación lingüística en condiciones de contacto cara a cara. La mayoría de los datos son fonéticos y fonológicos, pero las conclusiones que se señalan allí probablemente no se restringen sólo a estos campos. Estas conclusiones son que los rasgos especialmente destacados son los que más fácilmente se adoptan y lo que hace destacable un rasgo puede medirse en términos de varios factores, que incluyen los siguientes: contribución al contraste fonológico, relación con la ortografía, grado de diferencia fonética y diferente incidencia de fonemas compartidos. A su debido tiempo estos hechos nos ayudarán a entender por qué determinados rasgos, más que otros, se transmiten más fácilmente a través del espacio social y geográfico.

La adaptación permanente que resulta del contacto dialectal es especialmente relevante en el caso del español, ya que desde al menos el siglo x se han producido repetidas mezclas, en la Península y en América, de hablantes con variedades del hispanorromance mutuamente inteligibles, a la que ha seguido (suponemos) la creación de nuevos dialectos. Durante todo el período de la Reconquista de la España islámica, durante la colonización de América y durante el establecimiento de los judíos sefardíes en los Balcanes y en otras áreas, se formaron continuamente nuevas comunidades, que estaban integradas por hablantes de distinto origen dialectal. Por tanto, podemos esperar que el mismo tipo de procesos lingüísticos observables hoy en comunidades recién establecidas, como por ejemplo, las nuevas ciudades, se haya dado también en la Castilla medieval, en Andalucía, en la América colonial y en las ciudades a las que emigraron los judíos españoles.

Cuando hablantes de diferentes variedades entran en contacto prolongado, el resultado normal es, al principio, una mezcla dialectal bastante caótica en la que una gran cantidad de variantes entra en competencia. Esta diversidad de variantes puede incluir algunas que no están presentes en ninguna de las variedades que contribuyen a la mezcla; estas formas se consideran casos de *interdialecto* (apartado 3.1.2). Luego se reduce gradualmente esta diversidad, conduciendo a la creación de un nuevo dialecto, que difiere en cierta medida de todos los que han constituido la mezcla. Los mecanismos precisos mediante los cuales la mezcla dialectal conduce a la formación de un nuevo dialecto se han identificado como: *nivelación* de diferencias lingüísticas (apartado 3.1.3), *simplificación* de sistemas lingüísticos (apartado 3.1.4), *hipercorrección* (véase también el apartado 1.5), e *hiperdialectalismo* (apartado 3.1.5)³. Incluso después de la formación del nuevo dialecto, proceso denominado a veces *koineización*, puede prolongarse la competencia entre ciertas variantes (que tienen su ori-

³ Para estos conceptos, véase principalmente Trudgill (1986: 83-126).

gen en variedades diferentes)⁴. Donde esto sucede, tales variantes están frecuentemente sometidas a la *reassignación*, es decir, que lo que fueron una vez variantes determinadas geográficamente pueden redistribuirse de tal manera que se convierten en variantes estilísticas o sociales. Estudiaremos la reassignación en el apartado 3.1.6.

3.1.2. INTERDIALECTOS

Como acabamos de ver, los interdialectalismos son variantes que surgen bajo condiciones de contacto dialectal y que no pertenecen a ninguna de las variedades que han contribuido a la mezcla. La mayoría de las veces, se trata de variantes intermedias entre las variantes en competencia. Aunque la mayoría de los estudios que han puesto de manifiesto el interdialectalismo (véase Trudgill 1986) se basan en datos fonológicos, donde la noción de *intermedio* frecuentemente se interpreta como 'fisiológicamente intermedio', parece no haber razón en principio para limitar el interdialectalismo al campo de la fonología, y por tanto podemos esperar que la mezcla dialectal produzca, digamos, variantes morfológicas o sintácticas que son novedosas y están intermedias entre las que existían antes de que la mezcla naciera. Estas formas interdialectales, al parecer, no siempre se eliminan en los siguientes procesos de nivelación, y pueden sobrevivir como variantes estables de la variedad de habla emergente. En el apartado 4.1.2.3, consideraremos un posible caso de interdialectalismo sintác-

⁴ El término *koiné* del que deriva *koineización*, hace referencia a cualquier variedad que surge, por medio de una serie de soluciones intermedias, a partir de una situación de mezcla dialectal. El término pertenece propiamente al período de desarrollo en la historia de Grecia, cuando, después del período clásico (momento en que las diversas variedades del griego estaban en competencia algo desigual), surgió allí una variedad intermedia post-clásica, que es el antepasado de la mayoría de las formas posteriores del griego.

tico, al que podríamos atribuir el origen del sistema actual de referencia pronominal átona de tercera persona en Castilla la Vieja y Madrid.

Es especialmente difícil mantener la afirmación de que una determinada evolución en el pasado se debió al interdialectalismo resultante del contacto dialectal, ya que tal afirmación equivale a intentar demostrar una negación, a saber, que el rasgo en cuestión *no* se encontraba en ninguna de las variedades que contribuyeron a la mezcla que se estudia. Lo que tenemos es el presentimiento de que una innovación surgió de esta manera, pero carecemos de datos para demostrar que el rasgo no estaba ya presente, o no tenemos constancia de ello, en el habla de uno o más de los grupos que entraron en contacto. Limitaremos, por lo tanto, nuestro estudio del dialectalismo en la historia del español al caso esbozado arriba.

3.1.3. NIVELACIÓN: LOS INICIOS DEL ESPAÑOL MODERNO

Los estudios sobre modernas mezclas dialectales (por ejemplo, Trudgill 1986: 98-102) ponen de manifiesto que en las generaciones que siguen al establecimiento de una nueva comunidad (o al crecimiento espectacular de una comunidad existente a causa de la afluencia masiva de hablantes de dialectos emparentados) tiene lugar un proceso de creciente *focalización*. Esto es, el número de variantes se reduce, a través de la nivelación y la simplificación (apartado 3.1.4). Parece que, en la primera generación tras la mezcla dialectal, esta nivelación se da sólo en la conversación cara a cara con hablantes de otros dialectos, generalmente evitando aquellos rasgos que representan las diferencias más marcadas o notables entre los dialectos en contacto. Sin embargo, las generaciones posteriores podrían abandonar totalmente estas variantes marcadas, en cuyo caso, estos hechos específicos de nivelación se vuelven estables como parte del habla del conjunto de la comunidad.

Se puede argüir que los casos de nivelación son muy frecuentes en la historia del español. Tanto la fonología como la morfología de la lengua moderna son notablemente más simples que las de la mayoría de las otras variedades del romance, y quizás ofrezcan menos contrastes fonológicos y morfológicos que cualquier otra variedad. Esta relativa simplicidad ha sido causada por la repetida mezcla dialectal que ha ocurrido entre las variedades hispanorromances centrales, desde el comienzo de la Reconquista cristiana de la Península en adelante. Estudiaremos aquí varios casos de nivelación lingüística observables en la historia del español bajo-medieval y los inicios del español moderno, e intentaremos reinterpretarlos a la luz de las teorías que han surgido en los estudios recientes del contacto dialectal.

3.1.3.1. *Las sibilantes del español antiguo*

La historia de la reducción de las seis sibilantes medievales españolas a sólo tres en el norte y el centro de España, y a dos en el resto de lugares, ha sido estudiada exhaustivamente⁵. Presentaremos los hechos sucintamente: durante el siglo XVI, las variedades prestigiosas del español dan pruebas de una serie de confluencias de fonemas que afectaban al subsistema de las sibilantes, el cual (dejando al lado /tʃ/, que no experimentó cambio) consistía en las seis unidades que se muestran en la tabla 3.1, ejemplificadas con palabras típicas, escritas con la ortografía del momento. En oposición a este sistema, se sabe que en Castilla la Vieja y áreas contiguas (Alonso 1962a), ya en la Edad Media, determinadas variedades habían ensordecido los fonemas sonoros. Las explicaciones que se ofrecen para esta confluencia

⁵ La presentación tradicional de los datos puede verse en Alonso (1967b) y (1969), con una síntesis en Lapesa (1980: 371-81) y Penny (1991a: 86-90). Se ha intentado una explicación en Penny (1993), y el trabajo de Frago Gracia (1977-8, 1983, 1985, 1989) ha aumentado enormemente nuestro conocimiento de la datación y extensión de estos cambios. Otros estudios relevantes pueden verse en Alonso (1962a), Galmés de Fuentes (1962), Harris (1969), Kiddle (1975), Lantolf (1974), Martinet (1974) y Torreblanca (1981-2).

de fonemas no nos conciernen aquí, pero incluyen los efectos del sustrato vasco y la nivelación arraigada en la morfología (Penny 1993).

	sorda	sonora
Fricativa prepalatal	/ʃ/ <i>caxa</i>	-ʒ/ <i>muger</i>
Fricativa ^a ápico-alveolar	/s/ <i>passo</i>	/z/ <i>casa</i>
Fricativa ^b dental	/ʃ/ <i>caça</i>	/z/ <i>dezir</i>

^a Estos fonemas eran de tipo retroflejo, como la /s/ sobreviviente del centro y norte de la Península.

^b Estos fonemas dentales (laminares) fricativos son el resultado de los anteriores afri-cados.

Tabla 3.1. Sibilantes bajomedievales españolas

Tras su establecimiento como capital de España en 1561, Madrid creció espectacularmente, y su población, que previamente era la de una ciudad de tamaño medio-bajo, aumentó vertiginosamente en unas pocas décadas. Madrid era la 'ciudad de reciente creación' de la España del siglo xvi, y los emigrantes que contribuyeron a la expansión de su población procedían predominantemente del norte, ya que el norte de la Península siempre había sido, y continuó siéndolo hasta época reciente, la principal fuente de población excedentaria. Muchos de estos nuevos emigrantes en Madrid, podemos pensar, traerían consigo las variedades castellanas en las que las parejas de sibilantes sordas y sonoras se habían fundido en un único fonema sordo, mientras que la población existente y algunos emigrantes venidos del sur mantendrían el antiguo sistema. Conociendo lo que sabemos ahora sobre las consecuencias de la mezcla dialectal en las nuevas ciudades del siglo xx, no es difícil imaginar que las consecuencias lingüísticas del crecimiento demográfico de Madrid incluían la nivelación de los dos subsistemas principales de las sibilantes que habían entrado allí en competencia. No hay duda de que la nivelación fue precedida de un flujo cambiante de formas bastante caótico, en el que algunos pronunciaban palabras como *muger*, *casa*, *dezir* con consonante sonora y otros con sorda, y en el que los hablantes adaptaban su pronunciación

únicamente en la interacción cara a cara con usuarios que usaban otro patrón fonológico. Pero con la segunda o la tercera generación como mucho, la preferencia por la pronunciación sorda se hizo general, por las siguientes razones. En primer lugar, es posible que hubiera más hablantes que tenían sólo la sibilante sorda que hablantes que oponían sorda y sonora, puesto que la nueva población parece haber venido predominantemente del norte, y muchas áreas septentrionales de la Península habían abandonado probablemente por esta época la sibilante sonora. Aunque no podemos esperar reconstruir la demografía del Madrid del siglo xvi, y aunque la superioridad numérica de hablantes de una de las variedades sobre los otros no es un factor decisivo para los resultados del contacto dialectal, no podemos ignorar la posibilidad de que las sibilantes sonoras en el Madrid de finales del siglo xvi constituían la variante *marcada*, la cual se destacaba a causa de su singularidad. En segundo lugar y quizás mucho más importante, todos los hablantes usaban sibilantes sordas, pero sólo algunos habían usado previamente sibilantes sonoras, de manera que el ensordecimiento completo era la solución fonológicamente más simple (véase el apartado 3.1.4). Finalmente, la cantidad de parejas mínimas que mantenían la oposición de cada sibilante sonora con su contrapartida sorda parece haber sido extremadamente pequeña, así que la adopción de la variante únicamente sorda apenas impedía la comunicación, si es que la impedía en algo⁶.

	sordas	
Fricativa prepalatal	/ʃ/ <i>caxa</i>	<i>muger</i>
Fricativa ápico-alveolar	/s/ <i>passo</i>	<i>casa</i>
Fricativa dental	/ʃ/ <i>caça</i>	<i>dezir</i>

Tabla 3.2. Sibilantes de finales del siglo xvi en español

⁶ Para la importancia de la oposición fónica en la resolución de la variación que sigue al contacto dialectal, véase Trudgill (1986: 20-1). Para el escaso peso funcional de la oposición entre sibilantes sordas y sonoras en español bajomedieval, véase Penny (1993).

Es presumible de esta manera que un rasgo de pronunciación que había caracterizado previamente las variedades de bajo prestigio de Castilla, principalmente del norte rural, ganara terreno en la capital. Durante muchas décadas, la norma de prestigio, que todavía para muchos estaba consagrada en el habla de Toledo, continuó manteniendo la anterior oposición fonémica. Sin embargo, un examen atento de los datos, realizado por Amado Alonso (1967b, 1969) y otros, ha mostrado que la nueva pronunciación se encaminó bastante rápidamente hacia el uso elegante en la capital y en otros sitios y se estableció como la norma, probablemente a fines del siglo XVI (tabla 3.2). Un cambio posterior (o coincidente) en este sistema, por el cual el fonema prepalatal se velarizó en /x/ o /h/ y el dental se hizo interdental /θ/ (en la España central y septentrional), dio los resultados que se muestran en la tabla 3.3, en las que los ejemplos se presentan con su ortografía moderna.

	sordas	
Fricativa velar	/x/ <i>caja</i>	<i>mujer</i>
Fricativa áptico-alveolar	/s/ <i>paso</i>	<i>casa</i>
Fricativa interdental	/θ/ <i>caza</i>	<i>decir</i>

Tabla 3.3. Sibilantes del español moderno

latín	español antiguo
FĪLĀRE	<i>filar</i> = /hilár/
FABULĀRE	<i>fablar</i> = /hablár/
FŪMU	<i>fumo</i> = /húmo/

Tabla 3.4 Evolución al español antiguo de palabras que muestran F-

3.1.3.2. La /h/ del español antiguo

Es probable, ya en la baja Edad Media, que en todas partes de Castilla el fonema glotal /h/ hubiera desplazado al antiguo labiodental /f/ en palabras cuyos antepasados latinos tenían F- inicial, y que esta /h/ hubiera avanzado hacia la parte de Andalucía hasta entonces re-

conquistada y estuviera extendiéndose hacia Murcia. Esta evolución se ejemplifica en la tabla 3.4, que muestra la grafía *f* habitual para representar el fonema /h/. Este triunfo de lo que se consideraba un rasgo de origen septentrional, se debió sin duda, en gran parte, a la repoblación de las áreas meridionales por parte de hablantes del norte de Castilla la Vieja (el área principal en la que tuvo su origen este cambio), o a la resolución de la variación en la España meridional entre /h/ (llevada por los hablantes del Norte de Castilla la Vieja) y /f/ (traída por otros hablantes o mantenida por hablantes del hispanorromance meridional (es decir, el mozárabe, véase el apartado 4.1.1) a favor de la variante /h/ castellanovieja. De manera contemporánea a la extensión de /h/ hubo una expansión lateral del fonema hacia los territorios de León y Aragón, según parece no mediante el movimiento de la población y la mezcla dialectal, sino por el mecanismo más habitual de la imitación persona a persona de un rasgo irradiado desde Castilla la Vieja (véanse los apartados 3.2 y 3.5)⁷.

La evolución que nos interesa aquí es el resultado posterior de la caída de /h/, un fenómeno que podría tener orígenes más antiguos, pero que llama significativamente la atención a mediados del siglo XVI, cuando las observaciones sobre este hecho oponen el habla de Castilla la Vieja, donde se ha perdido /h/, a la del centro de prestigio, Toledo, donde /h/ se mantiene. Parece que, muy rápidamente, en la segunda mitad del siglo XVI, /h-/ dejó de ser aceptable. ¿Por qué prosperó este rasgo asociado a lo que entonces era un área culturalmente periférica? Después de todo, tomando un caso similar de otra lengua europea, el inglés británico estándar no muestra signos de adoptar la caída de /h/, a pesar del hecho de que la gran mayoría de las variedades no estándares muestran la pérdida de la antigua /h/.

⁷ La bibliografía relativa a la evolución F- > /h/ es enorme, pero en su mayor parte se corresponde más con la muy debatida cuestión del origen del fenómeno, que no trataremos aquí, que con su extensión, que es la que nos ocupa. Con respecto a su progresiva extensión geográfica, se pueden consultar mapas y estudios útiles en Menéndez Pidal (1964: 221-33), mientras que el tema es revisado en detalle por Penny (1972b, 1990). Puede consultarse una opinión discrepante en Torreblanca (1991-2).

La respuesta de nuevo parece radicar en los resultados de la mezcla dialectal en el Madrid del siglo xvi. Como hemos visto (apartado 3.1.3.1), la espectacular expansión demográfica de la nueva capital después de 1561 supuso la afluencia a Madrid de gentes norteñas, y muchos de los recién llegados procederían de las áreas en que /h/ habría caído. Por tanto, introdujeron en el español urbano lo que hasta entonces había sido un provincialismo de bajo prestigio. Pero la introducción no garantiza el éxito, ya que la caída de /h/ debió de haber competido con su mantenimiento en la mezcla dialectal creada por la expansión de Madrid. Sin embargo, a raíz de lo que sabemos de los patrones regulares de evolución que siguen a la mezcla dialectal, podemos explicar el triunfo de la caída de /h/.

Aunque no podamos establecer cuál fue la diferencia demográfica entre los que mantenían /h/ y los que la perdían, las cantidades relativas, como hemos dicho, no constituyen el factor más importante a la hora de determinar el resultado de la competencia entre variantes. La nivelación puede decantarse incluso por una variante minoritaria, aunque en este caso es posible que los que no pronunciaban /h/ estuvieran en mayoría. Más importante es el hecho de que la nivelación generalmente desecha las variantes marcadas (Trudgill 1986: 126), y el uso de /h/ era un rasgo que resaltaba mucho. Igualmente relevante es el hecho de que podamos esperar que la nivelación favorezca las variantes más simples lingüísticamente, y es evidente que las variedades sin /h/ son fonológicamente más simples que las que la mantienen. Los hablantes que mantenían la /h/ tenían que distinguir entre dos clases de palabras (véase la tabla 3.5 con su ortografía moderna), que podían fundirse en los que no la pronunciaban⁸. Desde luego, la solución sin /h/ no habría triunfado en la comunidad si hubiera impedido la comunicación. Pero difícilmente sucede esto; una vez más,

⁸ No proponemos aquí (al elegir algunas palabras sin /h/ que son escritas con *h*) que la ortografía desempeñe algún papel en el resultado de esta variación, pero puede observarse que para la minoría alfabetizada había ventajas evidentes al aceptar que los dos grupos se mezclaran, por ejemplo, *h* hasta entonces había tenido dos valores, /h/ y /Ø/, mientras que tras la nivelación esta letra siempre corresponde a /Ø/.

hay pocos casos, si es que hay alguno, donde la caída de /h/ provoque un conflicto homonímico⁹.

Palabras con /h/	Palabras sin /h/
<i>hilar</i>	<i>igual</i>
<i>hijo</i>	<i>historia</i>
<i>hiel</i>	<i>hielo</i>
<i>henchir</i>	<i>empezar</i>
<i>herido</i>	<i>helar</i>
<i>hablar</i>	<i>ala</i>
<i>hacha</i>	<i>hábito</i>
<i>hoja</i>	<i>oler</i>
<i>hongo</i>	<i>hombre</i>
<i>humo</i>	<i>uno</i>
<i>huir</i>	<i>humilde</i>

Tabla 3.5. Palabras con y sin /h/ en variedades conservadoras castellanas del siglo xvi

3.1.3.3. La igualación de /b/ y /β/ del español antiguo

Un argumento similar al empleado para el caso de las sibilantes y el de la caída de /h-/ se puede utilizar para el caso de la confluencia de las dos consonantes labiales sonoras del español antiguo, aunque aquí carecemos de la abundancia de datos cronológicos y geográficos que se ha sacado a la luz en conexión con los cambios vistos anteriormente¹⁰.

Tomando como base los datos extraídos de las rimas en los versos, se puede establecer que hasta el siglo xv en España, las dos letras *b* y *v* indicaban fonemas distintos; el primero era probablemente oclu-

⁹ Un *conflicto homonímico* indica un cambio mediante el cual, dos palabras que tenían hasta ahora dos estructuras fonémicas distintas, llegan a tener estructuras idénticas.

¹⁰ Otros estudios de la historia de la fusión de /b/ y /β/ se pueden ver en Alonso (1962c), Söll (1964), Penny (1976) y Moreno (1987).

sivo bilabial sonoro, mientras que el segundo era fricativo sonoro. A juzgar por la ausencia hoy de labiodentales sonoras a lo largo del norte de la Península, y en gascón, parece probable que el fonema fricativo sonoro fuera bilabial en la mayoría de, si no en todas, las áreas septentrionales, mientras que la mitad meridional de la Península probablemente mostraría una variante labiodental, conectando con las áreas en que sobrevive /v/, que se hallan en el catalán meridional y en el portugués del centro y el sur. Si esta distribución de variantes es la correcta, podemos resumirla en la tabla 3.6. En todas las zonas de la Península, por tanto, el rasgo distintivo que separaba los dos fonemas que estamos estudiando fue el del modo de articulación (oclusivo/fricativo). Sin embargo, en aquellas áreas en que éste era el único rasgo distintivo, esto es, las norteñas, los dos fonemas se fueron neutralizando cada vez más, hasta su total confluencia, con variantes alofónicas entre [b] y [β], alrededor del siglo xv (Penny 1976; véase la tabla 3.7). El hecho de que la solución septentrional haya triunfado en todas las áreas por las que se expandió el castellano (incluyendo toda América), con la única excepción de algunas variedades judeo-españolas (véase 6.3.2(3)), indica que la lucha en la España meridional entre el sistema tradicional (/b/~v/) y el sistema recién introducido (/b/ únicamente) condujo a una rápida nivelación a favor del tipo norteño¹¹. La razón por la que la nivelación se decantó por el sistema norteño en vez del meridional es sin duda la misma que la que hemos visto en el caso de la fusión de las sibilantes y la caída de /h-/: el sistema septentrional era más simple, y su adopción no implicaba ninguna amenaza para la comunicación, ya que el número de parejas mínimas que se distinguían por la oposición /b/~v/ (o la antigua oposición norteña entre /b/ y /β/) era muy pequeño.

¹¹ Aunque el verso demuestra que los poetas no rimaban *callava*, etc. con *alaba*, etc., hasta el siglo xv en adelante (excepto algunos, como Garcilaso, que mantuvieron la distinción hasta el siglo xvi), el conservadurismo de la fonología reflejado en la poesía nos permite datar esta nivelación al menos un siglo antes en algunas áreas.

	Oclusiva	Fricativa
Norte de la Península	/b/ <i>cabe</i> , ind. de 'cabere'	/β/ <i>cave</i> , subj. de 'cavar'
Sur de la Península	/b/ <i>cabe</i> , ind. de 'cabere'	/v/ <i>cave</i> , subj. de 'cavar'

Tabla 3.6. Fonemas labiales sonoros en castellano medieval

Norte de la Península	/b/ <i>cabe</i> , ind. de 'cabere' = <i>cave</i> , subj. de 'cavar'
Sur de la Península	/b/ <i>cabe</i> , ind. de 'cabere' ≠ /v/ <i>cave</i> , subj. de 'cavar'

Tabla 3.7. Fonemas labiales sonoros en castellano bajomedieval

3.1.4. SIMPLIFICACIÓN: EL RESULTADO DE LA EXPANSIÓN TERRITORIAL DEL CASTELLANO

La simplificación que tiene lugar como resultado de la mezcla dialectal está estrechamente relacionada con la nivelación, puesto que la nivelación generalmente favorece las variantes en competencia más simples. Sin embargo, lo que destaca de la simplificación es que puede ocurrir aun cuando la variante más simple pertenece a la variedad o variedades empleadas por una minoría de hablantes dentro de la nueva comunidad (Trudgill 1986: 102-7). Lo que argumentamos en este capítulo es que la variedad que conocemos como español estándar ha surgido de una serie de mezclas dialectales, y ha sufrido repetidamente nuevas formaciones dialectales o *koineizaciones*, desde al menos el siglo ix (véase 3.3 para el desarrollo de esta idea). En ese siglo asistimos al comienzo de la Reconquista castellana de la España central, con la repoblación del área de Burgos, un proceso que introdujo hablantes de ciertas variedades del romance de regiones como Cantabria, situadas directamente al norte. El siguiente paso fundamental fue el avance hacia Castilla la Nueva y la conquista de Toledo a finales del siglo xi, después de lo cual tuvo lugar una nueva serie de

contactos dialectales, en los que intervinieron no sólo variedades que habían surgido mucho antes en Castilla la Vieja (incluyendo quizás la más prestigiosa, la de Burgos) sino también las variedades leonesas y mozárabes, junto con algunas variedades de otras partes más distantes de la Península o incluso de más allá. La *koiné* que surgió de esa mezcla habría de convertirse en la base del estándar alfonsí del siglo XIII (véase el capítulo 7), pero el proceso de mezcla se repitió con cada etapa importante de la Reconquista; la más notable fue luego la de Sevilla, reconquistada a mediados del siglo XIII y convertida en destino de un enorme flujo de gentes procedentes de toda la Península, una migración que dio lugar a un posterior proceso de mezcla dialectal y a la focalización o *koineización* que produjo las variedades andaluzas del español. Las migraciones posteriores (a las Canarias, a Granada después de 1492, a los Balcanes y a las Américas) dieron lugar a nuevas situaciones de contacto, con al menos algunos de los resultados lingüísticos esperables, a saber, la nivelación y la simplificación. Sin embargo, estas últimas mezclas dialectales se dieron en un período en el que el prestigio del castellano estándar iba en aumento, de modo que las soluciones que se adoptaron en cada nueva comunidad no siempre fueron las predecibles por la teoría sociolingüística, sino que estaban (al menos en parte) determinadas por la adhesión a la norma prestigiosa (véase el apartado 7.1)¹².

Si oponemos las estructuras fonológicas y morfológicas del castellano a las de las demás variedades peninsulares, que no han surgido

¹² El tipo de latín hablado que se estableció en el centro-norte de España debe de haber sido también el resultado de un contacto dialectal, ya que probablemente el latín fue traído por diferentes grupos (soldados, comerciantes, funcionarios, etc.) que hablaban diferentes variedades del latín. Sin embargo, a este respecto, el antepasado del español no difería de los antepasados de las otras variedades romances sobrevivientes, todas las cuales deben de haberse originado de la misma manera. Sin embargo, los procesos de simplificación en el latín hablado cuyos resultados vemos en las lenguas romances podrían deberse a este proceso de mezcla, aunque sin más datos fiables sobre la variación en el latín hablado es difícil adscribir cambios particulares al contacto dialectal.

de estadios sucesivos de contacto dialectal, observaremos que esas variedades no 'mezcladas' presentan una complejidad notablemente mayor. Un ejemplo nos lo proporcionan las variedades habladas en Asturias y Cantabria, regiones del norte de España que, hasta el siglo XIX, recibieron escasa o nula inmigración; al contrario, fueron una constante fuente de emigración. Las variedades habladas tradicionales de estas regiones, que no son el resultado del contacto dialectal, son más complejas que las de Castilla, en al menos los siguientes aspectos (véase García Arias 1988): la mayoría de las hablas cántabras y asturianas muestran un sistema de cinco vocales finales átonas, opuestas a las tres vocales de Castilla; el cierre metafónico de las vocales tónicas que anticipan la vocal final cerrada, con toda la información semántica y morfológica que acarrea este fenómeno, está presente en muchas variedades de Cantabria y Asturias, pero completamente ausente en las de Castilla; la expresión morfológica de la 'contabilidad' (el empleo de formantes distintos, unos para representar referentes contables y otros para los incontables o de materia) es frecuente por toda Asturias y áreas vecinas, pero no tiene equivalente en castellano (Penny 1970b). Puesto que una proporción considerable, aunque no todos, de los que se establecieron en Burgos después de su reconquista en 884 procedía de Cantabria, es de suponer que los rasgos que acabamos de considerar estaban presentes en su habla al principio, pero se perdieron a favor de variantes más simples, como resultado del primer episodio de mezcla dialectal en la historia del español.

La consecuencia, desde el punto de vista de la teoría sociolingüística, de la afirmación de que el español es el resultado de repetidas fases de mezcla dialectal, es que el castellano ha experimentado más procesos de simplificación (y nivelación) que otras variedades romances. Se ha observado a menudo que la fonología del español es más simple, y su morfología más regular, que las de las otras variedades romances estándar; y estas características de la simplicidad estructural se mantienen igualmente si comparamos el español con la gran mayoría de las variedades romances no estándares.

3.1.4.1. *La confluencia de los auxiliares de perfecto*

El español antiguo, al igual que la mayoría de las otras variedades romances, heredó del latín hablado una serie doble de auxiliares verbales, empleados con el participio para formar un conjunto de paradigmas que incluyen el pretérito perfecto, pluscuamperfecto, futuro perfecto, etc. (Penny 2002: 163-67). Por un lado estaba el descendiente del verbo latino HABEO, usado al principio en latín con el participio de un verbo transitivo en construcciones del tipo HABEO CĒNAM PARĀTAM (literalmente 'tengo la comida [y está] preparada'). En estas construcciones, HABEO mantenía plenamente su valor léxico ('poseo, tengo conmigo') y requería un objeto directo manifiesto (en este caso CĒNAM), al cual se adjuntaba el participio como modificador, concordando con él en género, número y caso¹³. Se ha observado que ya en las variedades habladas del latín, HABEO comenzó a perder su valor léxico pleno, es decir, que debilitó su significado de tal manera que la noción de posesión se atenuó, quizás por medio de la noción de posesión metafórica, hasta que se convirtió esencialmente en una partícula gramatical que indicaba el tiempo y el aspecto de toda la construcción, así como la persona y el número del sujeto gramatical¹⁴. Sin embargo, en época medieval, el perfecto español (*he cantado*, etc.), mantenía varios de los rasgos que habían pertenecido a esta construcción en latín: resultaba apropiado, en lo esencial, sólo para los verbos

¹³ En latín, no era necesario que el sujeto implícito del participio fuera correfe-rencial con el sujeto de HABEO. De manera que en la oración HABEO CĒNAM PARĀTAM no se implica que el hablante (sujeto de HABEO) sea la persona que ha preparado la comida; podría haber sido cualquier otra persona. Uno de los primeros resultados de la gramaticalización de esta construcción fue que se hizo obligatorio que el sujeto del participio fuese idéntico al sujeto de HABEO.

¹⁴ Hubo otros cambios que afectaron a este sintagma a medida que se gramaticalizaba, a saber, la atenuación de la obligación de un objeto directo explícito, el orden casi fijo de palabras (auxiliar + participio, más que participio + auxiliar, que era completamente habitual en latín, pero se convirtió en una variante estilística en español), y la restricción drástica de los elementos que podían intercalarse entre el auxiliar y el participio.

transitivos, y el participio, al menos a veces, continuó concordando en género y número con el objeto directo.

Al contrario que el perfecto *he cantado*, muchos verbos intransitivos en español medieval mostraban el tipo *son venidos* 'han venido'. Esta estructura descende muy probablemente del paradigma de perfecto latino de los verbos deponentes, en el que el participio pasado (que concordaba en género y número con el sujeto gramatical) estaba acompañado por el auxiliar SUM 'soy' (por ejemplo, NATUS SUM 'nací', de donde procede *so nado* 'he nacido' del español antiguo)¹⁵. Se supone que este modelo se extendió en el latín hablado hasta incluir el perfecto (y otros tiempos) de muchos verbos intransitivos, como los verbos que expresan movimiento, existencia, etc., y también las construcciones reflexivas y recíprocas en las que intervienen verbos transitivos.

Todas las lenguas romances muestran un límite borroso entre las categorías de los verbos que requieren cada uno de los auxiliares que descienden respectivamente de HABEO y SUM¹⁶. Por ejemplo, en todas estas lenguas, los verbos impersonales que indican tiempo atmosférico, contra lo que cabría esperar, utilizan HABEO como auxiliar, a veces al lado de SUM (por ejemplo, español antiguo y moderno *ha llovido*, italiano *è o ha nevicato* 'ha nevado'). Sin embargo, el español está por delante de otras variedades romances al simplificar esta parte de su gramática mediante la total sustitución de los perfectos con SUM

¹⁵ Los verbos deponentes son aquellos que tienen una forma idéntica al paradigma pasivo de los verbos transitivos (por ejemplo, MORTUUS EST 'murió, ha muerto' que es estructuralmente igual a OCCĪSUS EST 'fue asesinado'), y que generalmente tienen un significado 'medio', esto es, los sujetos gramaticales no son ni los iniciadores de la acción indicada por el verbo (como en el caso de los verbos activos), ni ellos sufren la acción desempeñada por algún otro agente (como en el caso de las construcciones pasivas), sino que simplemente participan de modo inerte en la acción correspondiente.

¹⁶ Para un estudio excelente de la relación entre los perfectos de SUM y HABEO en italiano, gran parte del cual se podría aplicar a otros miembros de la familia romance, véase Maiden (1995: 145-56).

por los perfectos con HABEO durante la Edad Media¹⁷. No hay pruebas, por ejemplo, de que los verbos españoles que expresan existencia hayan tenido alguna vez un perfecto con SUM (siempre encontramos *he sido, ha estado, ha quedado*, etc.), al contrario que la mayoría de las otras lenguas romances (por ejemplo el italiano o el catalán). Las expresiones reflexivas y recíprocas tuvieron antiguamente perfectos con SUM, pero fueron pronto reemplazados por el otro tipo de perfecto, y hacia principios del siglo XVI sólo los verbos que expresaban alguna clase de movimiento (*ir, venir, salir*, etc., pero no *andar, viajar*, etc.) aceptaban a veces los perfectos con SUM (*son idos, (ella) es venida*, junto con *han ido, ha venido*); a partir de entonces esta posibilidad desapareció rápidamente y se completó la simplificación de los dos tipos en uno¹⁸.

3.1.4.2. Los pretéritos fuertes del español antiguo

Un ejemplo más, y espectacular, de la simplificación a la que el castellano ha estado sometido durante la Edad Media nos lo proporciona la historia de los pretéritos fuertes (aquellos que llevan el acento en la raíz en la primera y segunda personas del singular). Los textos medievales dan muestras de un conjunto extenso de tales pretéritos, pertenecientes a las tres conjugaciones, aunque es probable que no

¹⁷ Aunque el portugués no tiene perfectos con SUM, no se puede comparar directamente con el español a este respecto, puesto que su tiempo pasado perfectivo (por ejemplo, *vim* 'vine, he venido') ha mantenido en gran medida el valor doble (definido y pretérito perfecto) de su antepasado latino (VENI) (véase el apartado 5.1.3.2). Por otro lado, el rumano muestra una simplificación comparable de estas estructuras (al tener sólo el perfecto con HABEO), aunque se desconoce la rapidez con la que se dio este cambio, debido a la ausencia de textos rumanos anteriores al siglo XVI.

¹⁸ La distinción entre estos dos grupos de verbos de movimiento es de sutil índole semántica. Los verbos que aceptan el perfecto con SUM son aquellos cuyos sujetos gramaticales pueden ser personales o impersonales, animados o inanimados, mientras que los que se restringen al perfecto con HABEO son aquellos que tienen únicamente sujetos animados.

todas las formas de la siguiente lista estuvieran presentes a la vez en una variedad castellana dada:

-ar: **andove** / *andude* / *andide* 'anduve', *catide* 'caté', *demandide* 'demandé', **di**, *entride* 'entré', *estove*, *estude* / *estide* 'estuve';

-er: *aprise* 'aprendí', *atrove* 'atreví', *conuve* 'conocí', **cope** 'cupe', *coxe* 'cociné', *crove* 'creí', *despise* 'gasté', **fize**, **fui** / *sove*, *mise* 'puse', *nasque* 'nací', *ove* 'hube', *plogue* 'complací', *prise* 'agarré', **pude**, **puse**, **quise**, *remase* 'recordé', *respuse* 'respondí', **sope** 'supe', *tanxe* 'toqué', **tove** 'tuve', *troxe* / **traxe** 'traje', **vi** / *vide*, *yogue* 'yací'.

-ir: *aduxe* 'traje', *cinxe* 'ceñí', **conduxe**, *destruxe*, **dixe**, *escrixe* 'escribí', *fluxe* 'huí', *rise* 'reí', *sonrise*, *tinxe* 'teñí', **vine**, *visque* 'viví'.

De estas formas, algunas eran ya infrecuentes en los textos más primitivos, pero la gran mayoría desapareció hacia finales de la Edad Media, y han permanecido sólo los pretéritos resaltados en negrita (que en algunos casos han sufrido una pequeña modificación en sus vocales y / o consonantes). En unos pocos casos, la pérdida del pretérito fuerte fue causada por la desaparición completa, en el léxico español, del verbo en cuestión (por ejemplo, *despise* / *despender*, *remase* / *remanir*), pero lo más común es que los verbos hayan sobrevivido con su pretérito fuerte sustituido por una formal débil (aquella cuyo acento siempre recae en la desinencia). Así *entride* cedió ante su competidor *entré*, *escrixe* fue sustituido por *escreví* (más tarde *escribí*), etc. Esta reducción de los pretéritos fuertes señala una notable oposición entre el castellano y, por ejemplo, el francés y el italiano, donde sobrevive una extensa gama de pretéritos con el acento en la raíz¹⁹. Fue la simplificación de los paradigmas verbales que tuvo lugar en las variedades medievales del castellano bajo las condiciones

¹⁹ El hecho de que el francés hablado (y algunas variedades del italiano hablado) haya abandonado el paradigma simple del pasado por las construcciones de auxiliar + participio (por ejemplo, fr. *il est mort* en lugar de *il mourut*) no viene al caso, ya que este cambio es reciente en francés (y en italiano).

de la mezcla dialectal durante la Reconquista la que nos ofrece la mejor explicación de todo esto.

3.1.4.3. Las clases verbales en *-er* e *-ir*

Un caso de simplificación morfológica, cuyos orígenes se pueden encontrar en la documentación más temprana del área primitiva del castellano (Burgos y las villas circundantes), es el de la casi completa fusión de las conjugaciones de los verbos *-er* e *-ir*. Estos textos muestran que, ya en el siglo XI, como ahora, había pocas diferencias entre las desinencias de las dos conjugaciones. No se encuentra ninguna diferencia entre los pretéritos de los verbos *-er* e *-ir*, en contraste con lo que se observa en otras áreas (Menéndez Pidal 1964: 364), donde estas diferencias se hallan no sólo en las terminaciones del paradigma del pretérito, sino también en aquellos paradigmas morfológicamente relacionados con él (el paradigma de *-ra*, que originariamente tenía el significado de pluscuamperfecto, y el paradigma *-se* del imperfecto de subjuntivo). En castellano, las diferencias de terminación entre los verbos de estas dos conjugaciones se redujeron a cuatro: infinitivo *-er* / *-ir*, primera y segunda personas del plural del presente de indicativo *-emos*, *-edes* / *-imos*, *-ides*, y el imperativo plural *-ed(e)* / *-id(e)*.

Es cierto que hubo algunas diferencias en el tipo de vocales que podían aparecer en la raíz de las dos conjugaciones (así, /i/ y /u/ estaban excluidas de la raíz de los verbos *-er*) y que determinadas alternancias en las vocales de la raíz (/e/ ~ /i/ y /o/ ~ /u/: *medir* ~ *mido*, *sobir* ~ *subo*) se limitaban a los verbos *-ir*. Pero incluso estas diferencias se redujeron con el tiempo (a través de la pérdida de la alternancia /o/ ~ /u/ a favor de /u/: *subir* ~ *subo*)²⁰, y la morfología verbal español-

²⁰ El verbo *oír* ha sido siempre una excepción, por el hecho de que, excepto en algunas variantes riojanas que aparecen en los escritos de Gonzalo de Berceo (que usa *udieron*, etc.), /u/ fuera excluida de su raíz. Encontramos *oye* (en lugar del esperado ***uye*), quizás para distinguir las formas de este verbo, en las áreas de pérdida de [h-], de las formas correspondientes del verbo *fuír* / *huir*. Por otro lado, las adiciones posteriores al vocabulario del español como *abolir*, que de modo excepcional presentan una

la es en este aspecto bastante más simple que la de casi todas las otras variedades romances²¹.

3.1.5. HIPERDIALECTALISMO

Yakov Malkiel ha identificado varios casos de lo que califica de 'excesiva autoafirmación' en la historia del hispanorromance, casos en los que una comunidad lingüística selecciona o crea formas a fin de marcar o exagerar la diferencia entre sus propias formas de habla y las de otra comunidad con la que se compara. Por ejemplo, afirma (1989) que en portugués medieval un caso específico de alomorfismo de la raíz verbal, *gradesco* ~ *grade(s)ces*, se niveló en *agradeço* ~ *grade(s)ces* a fin de maximizar la diferencia entre esa variedad y el castellano, donde la alternancia *gradesco* ~ *grade(s)ces* (hoy *agradezco* ~ *agradeces*) era un modelo típico y cada vez más frecuente a medida que se extendió desde el grupo principal de verbos, cuyo antepasado latino había tenido un significado inceptivo o 'incoativo', a otros grupos verbales.

Al parecer, Malkiel imaginó que este proceso ocurriría a distancia, como reacción de una comunidad ante el habla de la otra. Sin embargo, si adoptamos el punto de vista de que los cambios lingüísticos de todo tipo se originan a través de la acomodación en circunstancias de interacción cara a cara, entonces no se puede entender esta

/o/ en la raíz de los verbos *-ir*, carecen completamente de formas con acento en la raíz, de manera que las formas del tipo ***abule* están completamente excluidas de la gramática del español.

²¹ Montgomery (1975-6, 1978, 1979, 1980, 1985) ha buscado oposiciones semánticas correlativas con las vocales de la raíz de las dos conjugaciones, de manera que las vocales medias que se encuentran predominantemente en los verbos *-er* se asociarían con la imperfectividad, mientras que las vocales cerradas de los verbos *-ir* se relacionarían con la perfectividad de la acción verbal. Sin embargo, este enfoque no se ha mostrado en general muy convincente. Para un intento de entender el desarrollo de las vocales de la raíz de estos verbos, véase Penny (1972a, 2002).

acción a distancia. No obstante, en circunstancias de contacto dialectal, podemos ver mejor cómo pueden darse los casos como el que señala Malkiel, si los reinterpretemos como casos de hiperdialectalismo.

Los hiperdialectalismos son formas interdialectales (véase el apartado 3.1.2 y Trudgill [1986: 68-9]) que en su origen no existen en ninguna de las dos variedades en contacto, sino que se crean en una de las variedades a fin de resaltar la diferencia o de regularizar el contraste entre ésta y la otra. Así, en una situación de contacto en el Portugal medieval en la que los hablantes se dan cuenta de que el fonema /t^s/ que usan frecuentemente al final de la raíz en la primera persona del singular y en todas las personas del presente de subjuntivo (por ejemplo, *faço, faça* 'hago, haga', los medievales *jaço, jaça* 'yazco, yazca', etc.) se corresponde con un fonema no sibilante (por ejemplo, *fago, faga, yago, yaga*) en otras variedades, no necesariamente castellanas, que oyen de algunos de sus interlocutores, podría llevarles a introducir /t^s/ en las formas pertinentes de los verbos cuya raíz antes no terminaba con una sibilante, de la manera que muestra la tabla 3.8²².

castellano, etc.	portugués
<i>fago, faga</i>	<i>faço, faça</i>
<i>yago, yaga</i>	<i>jaço, jaça</i>
<i>gradesco, gradesca</i>	<i>gradesco, gradesca > (a)gradeço, (a)gradeça</i>

Tabla 3.8. Hiperdialectalismo en portugués

²² Evidentemente, no es posible descartar que se trate de una simple nivelación interna del paradigma, como causa del cambio que estamos viendo aquí. Pero, al menos, debería considerarse el hiperdialectalismo como un factor que contribuye a la nivelación, y posiblemente la razón principal de ésta.

3.1.6. REASIGNACIÓN DE VARIANTES

Tras un período de mezcla dialectal, tal y como ha ocurrido repetidamente en español medieval, hemos visto que el modelo normal de desarrollo es la reducción de la mayoría de las variantes mediante la nivelación y la simplificación. Sin embargo, en las situaciones modernas de contacto dialectal (Trudgill 1986: 110-26) se observa que, incluso después de que tal *koineización* haya tenido lugar, puede quedar algún resto de formas en competencia. Estas variantes sobrevivientes, que fueron traídas al principio por los hablantes de distintas regiones, son a menudo reasignadas, esto es, dejan de ser variantes geográficas y pasan a asociarse con diferencias de clase social, o con diferencias de registro.

Un caso posible de esta reasignación puede verse en el español de América en la distribución del fonema /h/ procedente de las palabras que en latín comenzaban con F-. Sin duda, en las primeras comunidades que se establecieron en las Américas había hablantes que pronunciaban palabras como *hilar* y *humo* con la aspirada /h/ inicial, mientras que otros las pronunciaban como /ilár/ y /úmo/. Esta variación tenía su origen en las diferentes regiones de la Península de las que procedían los colonizadores. Vimos arriba (3.1.3.2) que en el siglo XVI (el período en el que el castellano comenzó a llegar a América), la mayor parte de Castilla la Vieja era un área de pérdida de /h/, al contrario que otras regiones (como Cantabria, Castilla la Nueva, Extremadura y Andalucía) donde los hablantes mantenían la /h/ inicial en la pronunciación. No obstante, la competencia entre formas que tuvieron su origen en la variación geográfica parece haberse transformado en un caso de variación de clase social. La articulación de /h/ en palabras como *hilar* se encuentra hoy por toda la América hispanohablante (Lapesa 1980: 574, Zamora 1967: 413-14), pero ha quedado relegada en la actualidad a hablantes incultos, en entornos rurales y

urbanos, mientras que las variedades hispanoamericanas cultas, al igual que sus homólogas peninsulares, eliminan la /h/ en palabras de este tipo²³.

El proceso de reasignación de variantes que en su origen fueron geográficas puede proporcionarnos un enfoque útil para la comprensión de determinados hechos recalcitrantes observables en la historia del castellano (y en la de otras lenguas). Si tenemos en cuenta que la historia de la lengua no consiste en un desarrollo lineal sin complicaciones, mediante el cual una única variedad sufre una serie de cambios y surge transformada, sino que es un proceso lleno de desvíos, saltos, retrocesos y callejones sin salida, el fenómeno de la reasignación puede ayudarnos a resolver dos tipos de problemas estrechamente relacionados. Por un lado, en todas las lenguas encontramos ejemplos en los que un único rasgo, observable en una fase, da lugar, en una fase posterior, a resultados diferentes y en competencia dentro de una sola variedad. Por el otro, hay muchos ejemplos en los que observamos, en el pasado, los resultados de evoluciones en competencia, coexistiendo en el mismo territorio y en los que se elige una de las variantes, al parecer de manera arbitraria, y sobrevive, mientras que se abandonan las otras.

Ya hemos mostrado el primero de estos casos al principio de este capítulo, con un ejemplo extraído de la historia del castellano (los resultados en competencia de NG cuando iba seguido de vocal palatal, resumidos en *tañer*, *encia*, *quinientos*). Una posible explicación de

²³ En aquellas áreas de la Península donde /h/ sobrevive todavía en el tipo de palabras que descienden de aquellas que en latín mostraban /f-/ (a saber, Andalucía occidental, Extremadura, el área de La Ribera de la provincia de Salamanca, y la zona norte que comprende Asturias y la mayor parte de Cantabria), podemos afirmar sin riesgo de equivocarnos que la presencia y ausencia de /h/ está modernamente en correlación con factores sociales, ya que estas palabras carecen de consonante inicial en las variedades que pertenecen a los grupos instruidos. La diferencia entre España y América, a este respecto, consiste en que mientras /h/ se oye en las variedades rurales / incultas de toda América, hay extensas áreas de la Península donde ninguna variedad presenta /h/ en estas palabras.

este caso es que los tres tratamientos diferentes del grupo consonántico latino fueron antes propios de zonas distintas, desde las que salieron grupos diversos de hablantes, que se juntaron durante el proceso de repoblamiento del territorio reconquistado. El resultado normal de este contacto, como hemos visto, es que una de las variantes se adopta por el conjunto de la comunidad (es decir, que aparece la nivelación, por la cual todas las palabras susceptibles de tener este rasgo terminan mostrándolo). Hemos visto también que la variante favorecida puede ser la usada por la mayoría de hablantes, o puede ser la usada por una minoría, siempre que tal variante ofrezca alguna ventaja de simplicidad en la *koiné* recién creada. Pero, ¿qué sucede si hay pocos exponentes del rasgo en cuestión? Si sólo hay, por ejemplo, unas cuantas palabras en las que la comunidad se divide a la hora de elegir entre una de las dos o tres pronunciaciones rivales, puede ocurrir entonces que no haya consenso. Como resultado de esto puede ocurrir que las formas en competencia (por ejemplo, *tañer* / *tanzer*) continúen circulando²⁴. Lo que podríamos predecir entonces (como es habitual, tomando como base los estudios de la sociolingüística moderna) es que las variantes en competencia adquirirán diferente prestigio, esto es, que la variación geográfica se convertirá en variación social. Tal reasignación de variantes puede desarrollarse arbitrariamente, o bien pueden estar funcionando algunos principios ocultos que aún no se han descubierto, pero cualquiera que sea la variante en competencia que adquiriera un estatus alto, ésa será probablemente la forma que se manifieste en la escritura (puesto que la escritura refleja normalmente el uso de los sectores de la comunidad de estatus alto) y que, si se está ante un proceso de formación de un estándar (véase el apartado 7.1), se convierta en un rasgo perteneciente a ese estándar.

²⁴ En el caso que hemos elegido, ambas formas *tañer* y *tanzer* alcanzaron la lengua escrita, aunque *tanzer* es rara y pronto desapareció de los documentos. Sin embargo, la argumentación que estamos siguiendo aquí presupone que hubo alternativas para todas las formas documentadas en los escritos; esto es, junto a la forma documentada *enzia* (después *encia*) debió de haber existido una forma **eña*, etc.

Es en términos de tal reasignación como deberíamos intentar comprender algunos de los caprichos y aparentes contradicciones de la lingüística histórica. A modo de experimento, presentaremos unos pocos casos, de la historia del español, en los que la reasignación puede tener un papel aclaratorio.

El tratamiento de la /o/ del latín hablado (Ō o Ū en latín clásico) cuando era tónica y estaba seguida por la secuencia /nj/ (/n/ seguida de una vocal palatal, correspondiente en la escritura del latín clásico a NE o NI) muestra un resultado doble. Por un lado, CUNEU da *cuño* (de donde procede *cuña*), con cierre de la vocal tónica en /u/ seguida de la asimilación de /nj/ a /ɲ/. Por otro lado, CICŌNIA, que presenta la misma secuencia /ónj/ en latín hablado, se convierte en *cigüeña*, con metátesis de la vocal palatal a la sílaba anterior (*[t'igójna], seguida de palatalización de /n/ a /ɲ/ y sustitución de [óɲ] por [wé] [de lo cual existen precedentes en otras palabras (por ejemplo, AUGURIU > [agóɲ-ro] > *agüero*)]. Aunque quizás podamos descartar la existencia de una variante **cueño*, evitando el parecido fónico con el término tabú *coño*, es del todo posible que una forma **ciguña* existiera, como competidor de la forma, a la larga triunfante, *cigüeña*²⁵.

En otro caso de competencia entre variantes alternantes que desciende de palabras con una estructura poco frecuente, la forma *vergüeña* 'vergüenza' del español antiguo (< VERECUNDIA), con una estructura parecida a la de la variante triunfante *cigüeña*, se descartó a la larga. Esta variante, que está documentada, fue sustituida por *vergüença*, la forma seleccionada posteriormente como estándar (y con el tiempo escrita *vergüenza*), pero la coexistencia prolongada de los dos tipos, posiblemente diferenciados por connotaciones de prestigio, se vio favorecida probablemente por lo infrecuente de la secuencia

²⁵ La existencia de *coño* habría inclinado ligeramente la elección entre **cueño* y *cuño* a favor de la última, ya que /o/ y /ue/ mantienen una relación paradigmática habitual en español (por ejemplo, en el verbo), y **cueño*, por tanto, parece que está más estrechamente relacionado con *coño* de lo que lo está *cuño*.

original -UNDIA y por tanto de sus dos descendientes castellanos -*ueña* y -*uença*²⁶.

En el caso del latín CINGULŌS, tanto la forma con éxito *sendos* como una variante *seños* se encuentran en textos del siglo XIII, pero la última desapareció desde entonces de los documentos, sin duda a causa de su bajo prestigio.

La variación entre resultados alternativos del mismo segmento original se ilustra mejor en el tratamiento en castellano de las palabras latinas que comenzaban con una [j] no silábica agrupada con una vocal velar siguiente (por ejemplo, IŪGU, IUNCU). A este respecto, las palabras que encajan con esta descripción son ligeramente más numerosas que en los casos anteriores, si bien el número total es todavía bajo. Aunque el resultado representado por IŪGU > *yugo* se considera generalmente el tratamiento castellano típico de esta secuencia, también se debe tener en cuenta que es poco probable que las palabras con significados relacionados con la flora local sean préstamos de otras regiones, así que deberíamos dejar abierta la posibilidad de que estas formas, y las otras pocas iguales a ellas, sean el resultado de reasignaciones de formas en competencia (*yugo* / *jugo* > *yugo*, *yunco* / *junco* > *junco*, etc.), traídas a las mismas comunidades castellanas a través de los procesos de repoblación medieval.

3.2. ONDAS

El empleo de la imagen de la onda, para representar la extensión de una innovación a través de un territorio, es antiguo en la lingüística. Fue introducida en la filología indoeuropea por Johannes Schmidt (1872) para explicar determinadas similitudes entre los rasgos de diferentes ramas de la familia indoeuropea, y fue perfeccionada más

²⁶ Una tercera variante *vergoña* solo se documenta en textos que tienen su origen fuera del área central castellana y parece que no formó parte de la mezcla dialectal que estamos tratando aquí.

tarde por Saussure (1960: 206-8), quien comparó el límite del área ocupada por un rasgo nuevo con el límite exterior de una onda que avanza. No obstante, no siempre se ha hecho notar que (a pesar de la opinión de Pulgram 1953) la imagen de la onda invasora es bastante incompatible con la del árbol genealógico (véase el apartado 2.5.1), puesto que la onda sólo puede extenderse a través de un *continuum* dialectal y debe interrumpirse donde un *continuum* linda con otro (véase el apartado 2.5.2), esto es, usando la imagen del árbol, una onda no puede pasar de rama en rama²⁷. Los intentos para reconciliar estos dos modelos de relación lingüística, como el de Malkiel (1983), confirman que siempre que estemos ante un *continuum* dialectal, la imagen de la onda de innovación en expansión es la única adecuada, mientras que la imagen del árbol sólo se puede emplear en los casos de discontinuidad geográfica entre los que fueron una vez segmentos del mismo *continuum*.

Si tenemos presente que la realidad que subyace en la imagen de la onda es la de que las innovaciones se extienden como resultado de la imitación de un hablante a otro en la interacción cara a cara, entonces esta imagen nos será útil, y se empleará repetidamente en lo que sigue²⁸.

²⁷ En desacuerdo con la noción expresada aquí está el concepto del *Sprachbund*, como el que se piensa que existe en los Balcanes, donde determinadas características, como la colocación del artículo definido después del nombre, aparece en los *continua* dialectales vecinos (albanés, eslovaco, rumano) y se cree que han sido transmitidas de unos a otros. Otro caso donde se afirma que una onda lingüística ha pasado de un *continuum* a otro es el del empleo de la [R] uvular en Europa occidental, donde aparece tanto en las variedades galorrománicas como germánicas.

²⁸ Para un estudio de cómo se extienden las innovaciones, véase el apartado 3.4, que trata de la extensión a través del 'espacio' social, pero que igualmente se aplica a la extensión a través del espacio geográfico.

3.2.1. ISOGLOSAS

La noción de isoglosa, introducida en el apartado 2.1, puede definirse ahora con más rigor como una línea, trazada en un mapa lingüístico, que delimita un área o áreas ocupadas por un determinado rasgo (por ejemplo, un sonido, o un fenómeno gramatical o una determinada palabra para expresar un concepto dado) y la separa de otra área o áreas en las que aparece un rasgo diferente *bajo las mismas circunstancias lingüísticas* (un sonido diferente, un fenómeno gramatical diferente, una palabra diferente para expresar el mismo concepto, un significado diferente vinculado a la misma palabra, etc.). En el contexto de la teoría de las ondas, las isoglosas pueden imaginarse como el límite exterior de una onda que ha surgido desde algún punto del territorio en cuestión. Merece la pena recordar que lo que esto significa en términos humanos es que el punto desde el que la onda se extiende es algún pueblo o ciudad cuyos habitantes han adquirido un prestigio social mayor que el de los que viven en las áreas vecinas, y que algún rasgo del habla del grupo de alto prestigio ha sido imitado por los que están en inmediata vecindad, quienes a su vez lo han pasado a través de la imitación a individuos que viven un poco más allá del centro de prestigio, etc. Los motivos que explican el especial prestigio asociado a nuestro centro de irradiación están fuera del dominio de la lingüística, y se relacionan con aspectos tales como la riqueza, el poder político, un alto estatus cultural, etc.

El trazado en un mapa de una isoglosa, como resultado de una investigación dialectal, no puede, por sí mismo, decirnos en qué dirección se está moviendo esa isoglosa (o si se está moviendo realmente), puesto que un mapa con una isoglosa trazada sobre él es como si fuera una mera fotografía tomada en un determinado momento, y no nos dice cuál de los dos rasgos que separa es el innovador y cuál es el an-

tigo²⁹. Por ejemplo, es posible dibujar un mapa de la Península con una isoglosa que la separe en dos áreas: una en la que el diptongo [éi] aparece en el sufijo *-eiro* (latín *-ĀRIU*) y otra mayor en la que el sufijo correspondiente (*-ero* / *-er*) contiene la vocal simple [é] (figura 3.1). A fin de determinar en qué dirección se está moviendo esta isoglosa, necesitamos información de períodos más antiguos. Idealmente, podríamos extraer esta información de otra investigación anterior e idéntica, pero es poco probable que esta información esté disponible, y tenemos que conformarnos con la información parcial de las fuentes escritas. Puesto que contamos con textos del norte de Castilla anteriores al siglo XII que mantienen en la escritura *-eiro* (Menéndez Pidal 1964: 73-4, 483), cuya presencia sugiere (pero no prueba) que la pronunciación [éi] antes fue común donde ahora se dice [é], y puesto que la [é] del portugués meridional (en formas cuya ortografía estándar muestra *ei*; por ejemplo, *-eiro*) parece estar afectando al centro de Portugal, es razonable concluir que la isoglosa de la figura 3.1 está retrocediendo hacia el noroeste.

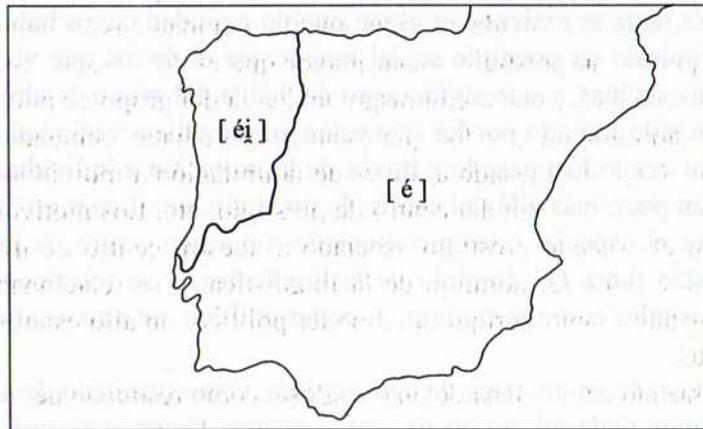


Figura 3.1. Isoglosa que separa [éi] de [é] en *-eiro*, *-ero*, *-er*

²⁹ No debería pensarse que el rasgo más reciente es por necesidad el que se está expandiendo, ya que un rasgo que una vez fue prestigioso (y por lo tanto en expansión) podría perder su asociación prestigiosa y comenzar a retroceder.

Existe una configuración de isoglosas que nos permite, casi sin ambigüedad, determinar la dirección del movimiento sin contar con la información de períodos anteriores. El mapa de la figura 3.2 muestra una única isoglosa que delimita cuatro zonas en las que el marcador de plural {-es} aparece en el caso de nombres femeninos y adjetivos cuyo singular está marcado por {-a} (por ejemplo, *cases*, plural de *casa*). Es del todo probable que las tres zonas occidentales estén retrocediendo, ya que si se estuvieran expandiendo, tendríamos que

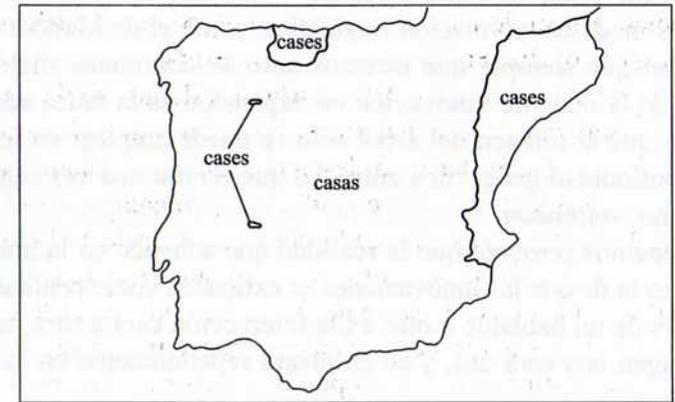


Figura 3.2. Isoglosas que demarcan las zonas peninsulares de *cases* / *casas*

concluir que habría tres centros distintos de influencia que estarían irradiando el mismo rasgo, algo de por sí improbable. De hecho, lo más probable es que estas tres zonas occidentales formaran antes parte de una única zona, que se fragmentó a medida que se contraía, ya que algunas partes de la zona (sin duda aquellas cuyo contacto con el exterior era el más débil) fueron más resistentes que otras al rasgo que se expandía (plural en {-as})³⁰.

³⁰ La antigua idea (Menéndez Pidal 1964: 444-445, sin revisar desde las primeras ediciones) de que los dos islotes meridionales de {-es} en territorio leonés (a saber, San Ciprián de Sanabria y El Payo) eran resultado de la repoblación medieval de gentes del centro de Asturias ya no se puede mantener. Menéndez Pidal (1960: XXIX-LVII) concluye que la zona catalana y las distintas zonas leonesas de {-es} < -ĀS (y de

Aunque a menudo es posible establecer que una isoglosa se está moviendo en la actualidad, y cuál es la dirección de su movimiento, hay también casos en que una isoglosa se halla estática. Estos casos incluyen muy particularmente isoglosas que han retrocedido hacia una frontera, más allá de la cual el centro de prestigio que las impulsa no tiene el poder para seguir manteniendo su influjo. Ésta fue la situación imaginada en el apartado 2.5.2, y puede ejemplificarse mediante aquellas isoglosas que han llegado a coincidir con la frontera hispanofrancesa en los Pirineos Centrales (Guiter 1983).

También se han de incluir entre las isoglosas hoy estáticas aquellas cuya posición fue determinada por un movimiento de población (véanse los apartados 2.5.2 y 4.1.3). Algunas de las isoglosas superpuestas que separan las características castellanas de las portuguesas desde el Douro / Duero hasta la desembocadura del Guadiana deben su trazado a dos movimientos de población similares pero distintos y paralelos. A medida que el condado portugués (desde 1143 el Reino de Portugal) expandía su territorio hacia el sur en la región costera occidental de la Península, la gente de lo que hoy es el tercio septentrional de Portugal fue desplazándose más y más hacia áreas del sur, dentro de las fronteras fijadas por la conquista o los tratados. Estos repobladores serían hablantes de variedades de aquel segmento del *continuum* dialectal peninsular que pertenecía al área de Oporto y zonas contiguas y sus variedades de habla estarían sometidas a los procesos de nivelación dialectal implícitos en todos los casos de repoblación (véase el apartado 3.1.3). Mientras tanto, o un poco más tarde, estaba teniendo lugar en los territorios vecinos al este un proceso de repoblación distinto; allí, los hablantes de variedades que pertenecían a un segmento diferente del *continuum* dialectal peninsular (quizás en su mayoría de las regiones de León y Burgos, pero sin duda in-

{-en} < -ANT en el verbo) formaron antes parte de una zona continua, más tarde rota por la penetración del castellano {-as} y {-an}. Esta conclusión se apoya en la aparición ocasional del plural {-es} en las variedades septentrionales del romance peninsular ya desaparecidas (el mozárabe; véase el apartado 4.1.1). En este contexto, debería recordarse que los morfemas {-es} y {-en} son innovaciones que están retrocediendo ahora ante las antiguas formas, más conservadoras, {-as} y {-an}.

cluía a hablantes venidos de otras muchas zonas del centro-norte) estaban sometidos a la nivelación dialectal a medida que se establecían en áreas contiguas a las de Portugal³¹. El resultado de estos procesos paralelos fue que las isoglosas que marcan las diferencias de habla entre estos dos grupos de repobladores coincidieron con una frontera política, ya que el grupo occidental no se estableció al este de la frontera portuguesa y el grupo del este no se estableció al oeste de la frontera.

Asimismo, este argumento implica que, en el período a partir de la repoblación de estas áreas, los contactos a través de la frontera han sido menos frecuentes e importantes que los que unían a la gente en cada lado de la frontera con sus respectivos centros de prestigio, hacia el oeste (Lisboa) y hacia el este (Toledo). De lo contrario, los procesos de acomodación lingüística entre los hablantes de cada lado de la frontera provocarían una similitud creciente del habla, un resultado que se demostraría en el mapa mediante la no coincidencia entre las isoglosas pertinentes y la frontera. Este modelo no se observa en la realidad³².

Para ejemplificar este proceso de creación de frontera dialectal, tomemos el caso de dos isoglosas que reflejan la separación de las variedades portuguesas de aquellas habladas en el lado oriental de la frontera. Por un lado, consideraremos la isoglosa que separa aquellas zonas (occidentales) donde se emplea el diptongo [óu] (en palabras como *pouco*) de aquellas zonas (centrales y orientales) donde la palabra correspondiente contiene [ó] (*poco*, etc.). Por otro lado, tomaremos la isoglosa que marca la extensión de aquellas variedades que carecen de diptongación de [é] (en palabras como *pedra*) en oposición con

³¹ Nada de lo que estamos viendo implica que todas las diferencias dialectales se nivelaron dentro de cada grupo principal de repobladores. No debemos imaginar una nivelación total de este tipo (y es imposible que se consiga); a fin de entender las razones de la agrupación de isoglosas en la frontera luso-española, es suficiente con imaginar que *determinados* aspectos de la variación dentro de cada grupo se nivelaron, dejando sin resolver muchos otros ejemplos de variación interna.

³² Pasamos por alto deliberadamente, por ser irrelevantes, aquellos casos donde la frontera se ha desplazado desde el momento de su establecimiento, dejando pequeños enclaves ocasionales de hablantes en cada lado de la frontera que emplean el conjunto de rasgos lingüísticos 'erróneos'.

aquellas variedades que muestran diptongación en [jé] (en *pedra*, etc.). Estas dos isoglosas se hallan bien diferenciadas en el norte de la Península, atravesando el *continuum* dialectal con trayectorias muy diferentes, y con la primera bien hacia el este de la segunda en la costa norte (véase, por ejemplo, Zamora 1967, el mapa entre las páginas 84 y 85). Sin embargo, convergen (la una con la otra junto con otras varias isoglosas) en un punto en la frontera luso-española, al sur de la ciudad portuguesa de Miranda do Douro, y de allí en adelante coinciden exactamente, siguiendo la frontera hasta el Atlántico en la desembocadura del Guadiana, excepto donde divergen conjuntamente en dirección este desde la frontera para abarcar tres enclaves en territorio español, resultado del rediseño de la frontera, donde las variedades habladas tienen un predominio de características portuguesas (lo que incluye la no diptongación en palabras como *pedra*, y la diptongación [óu] en palabras como *pouco*). Esta casi completa coincidencia entre isoglosas y frontera (coincidencia total si se tienen en cuenta los desplazamientos de frontera) tiene su origen en el proceso que hemos visto arriba: mientras los repobladores del lado occidental de la frontera hablaban variedades que (probablemente) carecían de diptongos en palabras como *pedra* y todas presentaban [óu] en palabras como *pouco*, los repobladores del este de la frontera procedían de una variedad de áreas, algunas de las cuales se caracterizaban por ambos rasgos (por ejemplo, El Bierzo, etc., con *pedra, poucu*), algunas sólo por el segundo (por ejemplo, Astorga, etc., con *pedra, poucu*), y la mayoría procedía probablemente de áreas donde ninguno de estos rasgos existía (y pronunciaban *pedra, poco*). En el oeste había entonces unanimidad a este respecto, mientras que en el este la variedad dialectal se redujo, a través de los procesos normales de contacto durante la repoblación (véase el apartado 3.3), a las variantes *pedra* y *poco*³³. Como estos dos procesos de repoblación tuvieron lugar bajo la protección de dos reinos diferentes, las oportunidades de acomoda-

³³ No debe entenderse aquí que la nivelación dialectal no fuera normal en el lado portugués de la frontera. En el caso de otros rasgos, donde no había unanimidad entre los repobladores, la nivelación sería lo esperado.

ción lingüística entre hablantes de un lado de la frontera con los del otro lado fueron pocas y no dieron lugar a ninguna adaptación en el caso de estos rasgos. Las isoglosas que separaban las dos tradiciones, por tanto, han continuado coincidiendo con la frontera.

Otros casos de isoglosas estáticas no se deben al desplazamiento de población, sino al hecho de que ambos rasgos separados por la isoglosa son recesivos, igualmente amenazados por un rasgo estándar. Así, la isoglosa que hoy separa, en el este, la pronunciación de una aspirada inicial /h/ en palabras como *hierro, hilar, huso*, de la pronunciación correspondiente con /f/, en el oeste (*fierro, filar, fusu*), corre muy próxima al río Sella en el oriente asturiano (figura 3.3): Menéndez Pidal (1964: 214, 219) afirma que esta isoglosa refleja una antigua frontera étnica prerromana, la cual separaba al este a los astures (que adquirieron y mantuvieron la labiodental fricativa latina /f/) de los cántabros, un grupo que (al igual que los vascones) carecía de labiodentales en el inventario fonémico de su propia lengua, y que por eso encontraban difícil imitar el fonema latino, que reemplazaban por el fonema más parecido de su propio inventario fónico, a saber, /h/³⁴. Tanto si aceptamos esta explicación de la innovación como si no, se puede mantener que lo cierto es que la isoglosa que opone /f/ y /h/ ha permanecido estática durante siglos. La explicación para esta ausencia de movimiento sin duda reside en el hecho de que, en el tipo de palabras que estamos viendo (que descienden de palabras latinas que tenían F- inicial) las variantes [f] y [h] han perdido prestigio por igual, y sólo son propias hoy del habla de la población rural sin escolarización. Ninguna de estas dos variantes será imitada por los que las desconocen, lo que equivale a decir que ya no hay ninguna fuerza que mueva la isoglosa en dirección alguna, una fuerza que no ha existido durante siglos. Lo que sucede, por el contrario, es que la variante estándar, a saber, [Ø] (es decir, la ausencia de consonante inicial), está

³⁴ Catalán y Galmés (1946) trazan con detalle la isoglosa al igual que Rodríguez Castellano (1946). El argumento histórico de Menéndez Pidal no ha sido aceptado universalmente; véase este asunto, con su bibliografía, en Penny (1972b y 1990) para un estudio y bibliografía.

invadiendo de forma constante el territorio de [f] y [h] a medida que la pronunciación urbana/culta cunde cada vez más entre los hablantes rurales³⁵. Una vez se haya completado este proceso, esto es, una vez que cada palabra rural del tipo /filár/ o /hilár/ se haya sustituido por el tipo estándar /lár/ *hilar*, la isoglosa /f/ ~ /h/ desaparecerá completamente sin que se haya movido durante siglos.



Figura 3.3. Isoglosa que separa /f/ y /h/ en *filar* ~ *hilar*, etc.

3.3. REDES SOCIALES Y VELOCIDAD DEL CAMBIO

Tras haber considerado la manera en que las innovaciones lingüísticas viajan a través del espacio geográfico, o la forma en que se les impide hacerlo, prestaremos atención a los factores que rigen la propagación de las innovaciones a través del espacio social, esto es,

³⁵ Este proceso se está dando palabra a palabra; las primeras palabras a las que alcanza son aquellas cuyo significado se asocia con el estilo de vida urbano/culto, mientras que las últimas en perder su consonante inicial son aquellas cuyo significado está relacionado con la forma de vida rural/agrícola. Para estos procesos de cambio por difusión léxica, véase el apartado 3.5.

cómo un rasgo que se origina en una parte de la matriz social puede extenderse a través de otras partes de la matriz, o cómo puede haber algo que se lo impide. Debe recordarse que el mecanismo básico en ambos casos es idéntico: las innovaciones pasan de un individuo a otro a través de los procesos de acomodación que se dan en los contactos cara a cara. A veces, un rasgo que se ha adoptado momentáneamente bajo tales condiciones puede convertirse en parte del comportamiento lingüístico normal del receptor, y puede, por tanto, pasar a otros individuos.

El problema fundamental que afronta la lingüística histórica es planteado escuetamente por Weinreich, Labov y Herzog de la siguiente manera:

¿Por qué tienen lugar los cambios en los elementos estructurales en una determinada lengua en un momento dado, pero no en otras lenguas con el mismo elemento, o en la misma lengua en otros momentos? Este problema de actuación puede considerarse como lo esencial del asunto. (1968: 102)

Pero como admite James Milroy (1992: 20), no estamos más cerca de resolver este problema de causación de lo que estamos de pronosticar si lloverá en un lugar específico en un momento dado. Ciertamente, la habilidad de hacer predicciones lingüísticas, una habilidad que sería consecuencia de la solución del problema de la actuación, puede estar totalmente fuera de nuestro alcance. Sin embargo, ha habido avances significativos en nuestra comprensión de los factores que favorecen o impiden la extensión de las innovaciones, y que, por lo tanto, rigen la velocidad a la que el cambio lingüístico tiene lugar. Estos avances proceden principalmente de la aplicación a la lengua de la teoría de las redes sociales, especialmente en el trabajo llevado a cabo por Lesley y James Milroy en el Reino Unido y por William Labov en Estados Unidos.

Las relaciones sociales entre individuos pueden representarse mediante la metáfora de la red, en la que los nudos representan a individuos y las cuerdas serían las conexiones entre éstos. Sin embargo, a diferencia de las redes verdaderas, en las que dos nudos están unidos

por una única cuerda, las redes sociales revelan que dos individuos pueden estar unidos por varios o por muchos vínculos, que consisten en características como las siguientes: parentesco familiar, vivir en el mismo vecindario, tener el mismo lugar de trabajo, asistir al mismo lugar de culto, pasar el tiempo libre en los mismos lugares. Dos individuos que compartan uno de tales vínculos se dice que están unidos por *un lazo débil*, mientras que los que compartan muchos de estos vínculos están unidos por *lazos fuertes*.

Se ha observado que los grupos de individuos que están unidos mutuamente por lazos fuertes exhiben un comportamiento en el que se refuerzan constantemente los valores tradicionales. Este aspecto de autorreforzamiento del comportamiento de grupos muy unidos se extiende a la lengua, de modo que estos grupos estarán marcados por formas tradicionales de habla y se mostrarán resistentes a los cambios originados fuera del grupo. Sin embargo, todos los grupos unidos fuertemente tienen conexiones con otros individuos y grupos, generalmente mediante lazos simples o débiles. Es más, se sigue de este planteamiento que es únicamente mediante tales lazos débiles cómo el cambio social, que incluye el cambio lingüístico, puede propagarse de grupo en grupo.

La importancia de estas consideraciones, desde el punto de vista de la historia de la lengua, es que las comunidades que están dominadas por subgrupos con lazos fuertes son notablemente más resistentes al cambio lingüístico que aquellas comunidades en las que la mayoría de los individuos están unidos a otros mediante lazos débiles (véanse Milroy y Milroy 1985). El trabajo de Lesley Milroy sobre el habla de la clase trabajadora de Belfast (presentado en Milroy 1987) nos ayuda a explicar no sólo la resistencia al cambio en los dialectos de la clase trabajadora urbana, sino también nos ayuda a demostrar (mediante el estudio de los efectos del desplazamiento de gentes hacia Belfast desde el campo del Ulster) que, cuando tiene lugar la migración de un área a otra, esto inevitablemente conduce a la ruptura de los lazos fuertes, al predominio de los lazos débiles y, como mínimo, a una ralentización en la formación de nuevos grupos con lazos fuertes. Es decir, la migración conduce al predominio de los lazos débiles en una

comunidad, y el predominio de los lazos débiles fomenta el cambio lingüístico. Es probable que las sociedades en movimiento experimenten más cambios lingüísticos, incluso muchos más cambios, que las que permanecen enraizadas durante largos períodos de tiempo en el mismo lugar.

¿Cómo se relacionan estas observaciones con el tema del cambio en el español? El principio de que el desplazamiento de gentes favorece el cambio puede demostrarse repetidamente en la historia del castellano, y de hecho ya lo hemos tratado en varias ocasiones. Al estudiar los contactos dialectales (apartado 3.1), hemos hecho hincapié en que durante toda la Edad Media y bien entrado el período moderno, los hablantes del castellano han estado en movimiento, repoblando continuamente áreas en el centro y el sur de la Península, a medida que progresaba hacia el sur la Reconquista de la España islámica, prolongándose luego el proceso en el exterior en Las Canarias, los Balcanes (véase el capítulo 6), y las Américas (capítulo 5). No solamente esto, sino que la expansión de Madrid a finales del siglo XVI se logró mediante una importante migración desde el norte (apartado 3.1.3). Hemos enfatizado que la mezcla dialectal que resulta de estos desplazamientos de población tiene ciertos resultados predecibles (generalmente, la nivelación y la simplificación) para la lengua de las comunidades en cuestión.

Lo que nos interesa en este apartado es que la historia social de la Castilla medieval y de principios de la época moderna, la cual contiene una repetida disolución de los lazos fuertes entre los miembros de las comunidades septentrionales y la creación de nuevas comunidades (en las áreas de repoblación) dominadas por lazos sociales débiles, nos lleva a predecir un ritmo de cambio lingüístico en castellano mucho más rápido de lo habitual.

Este rápido ritmo del cambio no pasó inadvertido para los grandes historiadores del español, pero permaneció sin explicar. Menéndez Pidal (1964: 472-82) puso en relación la predisposición al cambio que hemos visto en la lengua castellana y determinados cambios básicamente sociales: el rechazo a la ley romana escrita (codificada en el

Fuero Juzgo) por leyes regionales consuetudinarias; la disminución de la estratificación social (había bastantes menos siervos en Castilla, y sólo un tipo de nobleza, a diferencia de las dos clases que existían en el León más conservador); la adopción temprana de la *scripta* carolingia (antes que la *scripta* tradicional visigótica); la resistencia política hacia el León anclado en el pasado; la predisposición hacia las costumbres árabes en asuntos de vestimenta, etc. Es cierto que se trata de cambios sociales que, en su mayoría, afectan al sector más acaudalado de la sociedad castellana, pero quizás podamos inferir a partir de ellos que el cambio social se daba también en otros niveles, motivado por el desplazamiento de población que ocurría en territorio castellano, más radical que el de otras áreas romances, incluyendo la mayoría de los otros territorios peninsulares. Podemos especular que los desplazamientos de población favorecieron la creación de una sociedad estructurada en términos de lazos débiles, a través de los cuales se extendían libremente las innovaciones lingüísticas. Estas innovaciones, generalmente identificadas como indicación del carácter 'revolucionario' del castellano, parecen haberse extendido continua y rápidamente a través de la sociedad castellana en el período de los inicios de la Reconquista. Éstas incluían los siguientes cambios³⁶:

1. Empleo de /h/ o /Ø/ en la clase de palabras que descendían de las que contenían /f/ en latín estándar (por ejemplo, empleando la ortografía moderna, *hablar*, *ahogar*, etc.), en oposición al mantenimiento de /f/ en el resto de la Península.
2. Empleo de /z/ en la clase de palabras que descendían de las que en latín contenían los grupos consonánticos -C'L-, -G'L-,

³⁶ Debe tenerse en cuenta que probablemente muchos de estos cambios tenían orígenes remotos, algunos de ellos quizás originados en el latín hablado de Cantabria, pero de ser así, parece que permanecieron marginales (es decir, que los utilizaban individuos que eran periféricos en la comunidad principal) hasta el período de cambio social que estamos viendo (los siglos IX al XI).

-LJ- (por ejemplo, OCULU > *ojo*, TEGULA > *teja*, FOLIA > *hoja*), en contraste con la /k/ empleada en la mayoría de las áreas³⁷.

3. Empleo de /tʰ/ (más tarde /θ/) en la clase de palabras que descendían de las que en latín contenían -SCJ- o -SC- seguida de vocal palatal (por ejemplo, ASCIATA > español antiguo *açada* > *azada*, MISCERE > *mecer*), en oposición con la /ʃ/ de otras partes de la Península.

4. Pérdida del fonema inicial en la clase de palabras cuyo étimo latino tenía una I- o una G- iniciales de palabra seguida de una vocal palatal átona (por ejemplo, *IENUĀRIU (por IA-NUĀRIU) > *enero*, GENESTA > *hiniesta*), cambio no compartido con el resto de variedades hispanorromances, que mantenían una consonante palatal en esta clase de palabras.

Debe tenerse en cuenta que muchos de los casos estudiados en los apartados 3.1.2 y 3.1.4 como ejemplos de simplificación y nivelación bajo condiciones de contacto dialectal pueden entenderse también como ejemplos del elevado índice de cambio observable en castellano, ya que los repoblamientos que condujeron a la mezcla dialectal también dieron lugar (podemos suponer) al predominio de lazos sociales débiles en las nuevas comunidades, condiciones que sabemos que favorecen el cambio rápido.

Dentro de este contexto, merece la pena hacer hincapié en la correlación que existe, en la totalidad de las variedades actuales del romance peninsular, entre la latitud geográfica a la cual pertenece una variedad dada y el grado de cambio al que ha estado sometida. Sin duda, este hecho es más notable en la zona castellana, donde se observa una menor innovación (es decir, mayor conservadurismo) que en Cantabria, y un grado cada vez mayor de innovación según se

³⁷ En estas formulaciones, el apóstrofe indica una vocal (generalmente la I o U breves) que fueron eliminadas en latín o en romance temprano. El símbolo J indica una yod palatal (no silábica) que ha evolucionado a partir de la E o I átonas cuando formaban grupo con la vocal siguiente.

atraviesa Castilla la Vieja y Castilla la Nueva y se alcanza Andalucía, quizás debido a desplazamientos de población cada vez más grandes y complejos que tuvieron lugar en el territorio castellano, a diferencia de otros territorios peninsulares. Sin embargo, se pueden ver modelos similares (de grado creciente de innovación a medida que examinamos las variedades cada vez más al sur) a ambos lados de la Península. En Portugal, se ha repetido frecuentemente que los dialectos de Entre-Douro-e-Minho y de Tras-os-Montes son más conservadores, con grados crecientes de cambio observables en las áreas centrales (incluida Lisboa), y con el mayor grado de innovación en las variedades habladas en el Algarve³⁸. Un patrón semejante, pero no idéntico, puede verse en el lado oriental de la Península, donde las variedades más conservadoras del catalán se encuentran en los Pirineos, especialmente en el norte de Lérida/Lleida, y las más innovadoras en el área valenciana³⁹.

³⁸ Limitándonos a cuestiones de índole fonológica, Boléo (1974: 187-250) da pruebas del ritmo más lento de cambio en el norte de Portugal. Delimita las áreas (incluidas las provincias más septentrionales y extendiéndose hacia el sur en diferentes grados) de los siguientes rasgos: mantenimiento de /tʃ/ en el norte frente a la reducción a /ʃ/ (/tʃúva ~ /ʃúva/ *chuva* 'lluvia'), mantenimiento de la bilabial /β/ o /b/ en el norte frente a su evolución a /v/ más al sur, mantenimiento del diptongo /éi/ en el norte frente a su reducción a /é/ en el sur, etc.

³⁹ Este patrón es un tanto oscuro en el caso del catalán por el hecho de que las variedades meridionales (esto es, el valenciano) son más una extensión del tipo occidental del catalán septentrional (el del área de Lérida/Lleida), que del tipo oriental que proporciona la variedad normativa, la de Barcelona (apartado 4.1.7.3). Lo que se afirma aquí es que el valenciano muestra un mayor grado de innovación que el leridano. Otro problema surge del hecho de que algunos de los rasgos más evolucionados del catalán valenciano, aquellos que se observan en las variedades denominadas *apitxat* que se hallan en la ciudad de Valencia y en las áreas vecinas (Badia 1951: 79), se hayan adscrito a veces al contacto con el castellano, más que a una evolución interna. Es cierto que algunos de los rasgos de las variedades del *apitxat* (preferencia por la /b/ bilabial en vez de la /v/, que se emplea en las variedades habladas al norte y al sur, ensordecimiento de sibilantes sonoras y su confluencia con sus equivalentes sordas) son también las que caracterizan al castellano, pero no está nada claro que estas similitudes sean algo más que coincidencias.

3.4. DIRECCIÓN DEL CAMBIO A TRAVÉS DE LA SOCIEDAD

Los cambios lingüísticos que ganan terreno en la sociedad lo hacen mediante la imitación y la adopción por un número creciente de individuos, a través de los contactos cara a cara, y, como vimos (apartado 3.3), esta imitación necesariamente tiene lugar entre individuos que están unidos por lazos sociales débiles. Nuestro interés aquí es considerar las formas en las que los cambios se transmiten de una parte de la matriz social a otra, y en esta consideración encontramos otra confirmación de que el cambio se propaga casi exclusivamente mediante los lazos débiles. Las parejas o los grupos de individuos que están unidos por lazos fuertes, esto es, los que están unidos por múltiples lazos, pertenecen de necesidad al mismo segmento de la matriz social: tienen trabajos similares, viven en la misma localidad, pueden ser miembros de la misma familia, disfrutan las mismas actividades de ocio, etc. A causa de la naturaleza de mutuo refuerzo de estas relaciones, tales individuos con toda probabilidad usarán variedades de habla muy similares. Cualquier rasgo que pertenezca a un grupo con otras características sociales puede llegar al grupo que estamos considerando solamente a través de los lazos que unen un grupo al otro, lazos que deben ser predominantemente simples o débiles, ya que un grupo de individuos que comparten muchas características sociales con otro grupo es probable que esté unido a éste mediante los contactos múltiples que implican estas similitudes.

Para que una innovación gane terreno dentro de un grupo social tiene que ser adoptada primero por algún individuo preeminente dentro del grupo, tras lo cual los otros miembros del grupo la adoptan rápidamente (Milroy y Milroy 1985). Pero más importantes desde nuestro punto de vista son las razones de por qué la innovación pasa de grupo en grupo, esto es, de por qué un individuo imita un rasgo del habla de otro individuo al que le une un lazo débil. Aunque parece bastante claro que no todas las innovaciones tienen la misma probabi-

lidad de extenderse (la visión alternativa es que no todas las innovaciones tienen la misma probabilidad de *ocurrir* en una variedad dada, sino que, habiendo ocurrido, todas tienen la misma potencialidad para extenderse), la principal fuerza que impulsa la extensión de cualquier rasgo es el relativo prestigio de los individuos que estén implicados. El prestigio, sin duda, no es un asunto lingüístico, pero consiste en varios rasgos (que no intentaremos enumerar) que posee en grados diferentes un determinado individuo específico⁴⁰; este prestigio puede entonces asociarse con un rasgo lingüístico determinado o con un conjunto de rasgos empleados por ese individuo, incrementando la posibilidad (en diferente medida) de ser imitado por otros.

Si, como parece ser el caso, la principal o única razón para la extensión de un rasgo es el prestigio a él asociado, no debe olvidarse que el prestigio puede ser manifiesto o encubierto, y que la extensión social puede, por tanto, ser hacia arriba o hacia abajo.

3.4.1. CAMBIO HACIA ABAJO

El tipo de imitación de las innovaciones lingüísticas que se debe al prestigio manifiesto de individuos que emplean estas innovaciones se considera generalmente como de extensión hacia 'abajo' a través de la sociedad. Así, es más probable que se imite un rasgo que se oye en el habla que pertenece a un individuo que es más poderoso, más rico, etc., que el que se imite un rasgo oído en el habla de alguien 'más bajo' en la jerarquía social. Esta extensión hacia 'abajo' del cambio lingüístico es común en todas las sociedades, y ha sido documentada ampliamente en los estudios de sociolingüística como el ya clásico estudio de Labov (1966) sobre la extensión hacia abajo de

⁴⁰ Estos rasgos incluyen no sólo factores como la riqueza, el grado de instrucción, los bienes, que cuando se poseen en abundancia se asocian a la 'flor y nata' de la sociedad, sino también rasgos tales como el respeto concedido por la contracultura urbana, que se asocian con otros niveles y a los que nos referiremos en el apartado 3.4.2.

la /t/ postvocálica en el habla de Nueva York, previamente sin este sonido.

3.4.2. CAMBIO HACIA ARRIBA

Apenas menos habitual, y evidentemente importante, es el proceso mediante el cual los cambios se propagan hacia 'arriba' a través de la sociedad, desde grupos de menor prestigio a otros más privilegiados de mayor prestigio. Determinados modos de comportamiento, prominentes entre los que tienen una posición destacada en la 'contracultura urbana' y que manifiestan sabiduría mundana, aunque estén presentes en individuos que apenas tienen riqueza, instrucción, etc., pueden, sin embargo, poseer prestigio de tipo encubierto. Estos estilos, que sin duda incluyen características de comportamiento lingüístico, pueden por tanto ser evaluados positivamente y ser imitados no sólo por los del mismo nivel social, sino por los que ocupan una posición superior en el *continuum* socio-económico. Un ejemplo que se cita a menudo en este contexto es la extensión del diptongo /wá/ a través de la sociedad francesa, después de la Revolución, a expensas de /wé/ en palabras como *roi*, *moi*. Tras haber sido anteriormente un rasgo de bajo prestigio en el francés parisino, este rasgo se asoció con el prestigio recién adquirido por los modos de la clase trabajadora y fue imitado más ampliamente, quizás por solidaridad con las ideas de la Revolución (véanse Wartburg 1958: 229, y, para la extensión de los rasgos de la clase baja parisina en general, Lodge 1993: 228-9).

Un rasgo de pronunciación que parece ir extendiéndose de esta manera en el español peninsular actual es el debilitamiento de la /s/ final de sílaba en una articulación aspirada, esto es, la pronunciación [aβi^hpa^h], [é^hto^h], [mo^hka^h] en las palabras *avispas*, *estos*, *moscas*, etc. (véase el apartado 4.1.7.2.4). Testimoniado desde el siglo XVI en el sur de España, y presumiblemente ya presente allí mucho antes en los grupos sociales humildes, este rasgo comienza a observarse en el cen-

tro de España en el siglo XIX, específicamente en las variedades de la clase trabajadora madrileña, y posiblemente fue traído a la capital por los inmigrantes del sur. Aflora, por ejemplo, en las novelas de Benito Pérez Galdós, en los casos en que retrata el habla de los individuos de esta clase social (Lapesa 1980: 502)⁴¹. Desde entonces, parece haber avanzado algo a través de la matriz social, de modo que, a pesar de no pertenecer al habla instruida madrileña, ya no está restringido a las variedades de la clase trabajadora.

3.5. DIFUSIÓN LÉXICA

Hasta ahora hemos hablado de la extensión de los rasgos lingüísticos a través del espacio geográfico y social como si cada innovación afectara a la vez a cada elemento léxico o sintagma que mostrase los requisitos para ese cambio (al ofrecer las condiciones determinadas que se requieren para que tal cambio tenga lugar). Sin embargo, un planteamiento así supone una simplificación, y ahora se hace necesario aclarar que las innovaciones avanzan por el espacio y por la sociedad *palabra a palabra*. En esto se basa la teoría de la difusión léxica, que insiste en que durante la extensión de cualquier cambio algunas palabras se ven afectadas antes que otras, o, mirando el proceso desde otro ángulo, algunas palabras son más resistentes que otras a cambiar. Los que son más resistentes a cambiar serán generalmente aquellos elementos léxicos que designan aspectos de la realidad que son centrales en los intereses de la comunidad cuya habla está abierta potencialmente al cambio en cuestión. Esta difusión diferencial del cambio fónico se ha puesto de manifiesto al menos desde la publicación del *Atlas linguistique de la France* (ALF 1903-10); los mapas de

⁴¹ Lapesa extrae de *Fortunata y Jacinta*, publicado por primera vez en 1886-7, el siguiente comentario sobre la pronunciación de *Fortunata*, que pertenece a la clase trabajadora: 'las eses finales se le convertían en jotas sin que ella lo notase ni evitarlo pudiese'.

Jaberg (1959), basados en el ALF, muestran el modo en que, a principios del siglo XX, el cambio mediante el cual /k/ (en los descendientes de las palabras latinas que contenían CA- inicial, como CANTARE, CANDÉLA, CAMPU) fue reemplazado por /ʃ/ (francés estándar *chanter*, *chandelle*, *champ*, etc.), en el noreste y el sur de Francia, ha alcanzado una extensión diferente en el caso de cada palabra estudiada. Las isoglosas que reflejan el avance de /ʃ/ a expensas de /k/ no coinciden exactamente, y a veces son marcadamente divergentes, y es evidente que el ritmo de avance es más rápido en las palabras que se asocian con asuntos suprarregionales y menos rápido en el caso de las palabras relacionadas con estilos de vida locales, como los nombres de las herramientas y las labores del campo.

Naturalmente, esta difusión léxica es evidente también en el español. La isoglosa que, en Cantabria, separa el mantenimiento de /h/ en *hacer* de su eliminación (esto es, la isoglosa que separa /haθér/ de /aθér/) se halla más hacia el oeste que la isoglosa que separa estas dos pronunciaciones en *hacha* (Penny 1984). Los datos que proporciona el ALEA (1962-73: mapas 1548-50) revelan un retroceso similar palabra a palabra en Andalucía occidental. En las palabras *hiel*, *hollín*, *hoz* y *moho*, /h/ aparece en prácticamente todas las localidades estudiadas en Andalucía occidental, algunas veces al lado de una forma sin /h/. A diferencia de este tipo de palabras, que se refieren a nociones concretas, el nombre abstracto *hambre* parece estar mucho más abierto a la influencia del idioma estándar, mostrando un gran predominio de formas sin /h/ en las mismas áreas de Andalucía occidental.

Lo que asimismo se ha puesto de manifiesto en los trabajos sobre la difusión léxica (véanse Wang y Cheng 1977, y especialmente Wang 1969) es que algunas de las palabras susceptibles de cambiar pueden no verse *nunca* afectadas por el cambio. Puede quedar un residuo de palabras sin alterar cuando dos o más cambios en competencia tienen lugar en una comunidad en períodos de tiempo coincidentes. Mientras se da el primer cambio, y mientras una parte del vocabulario, pero no todas las palabras susceptibles de cambiar, ha sido afectada por el cambio, un segundo cambio puede alterar uno de los factores

condicionantes que hacen que las palabras sean apropiadas para el primer cambio, de modo que elimina la posibilidad de que se vean afectadas por este cambio. Podemos ilustrar la manera en la que se produce un residuo de palabras inalteradas mediante el examen de la interacción entre dos cambios en castellano:

1. El cambio ya visto repetidamente de F latina a /h/.
2. El proceso de diptongación por el cual la *o* breve latina tónica, tras evolucionar a una /ó/ abierta, se convierte en /wé/ (PONTE > [pónte] > puente).

Una característica del primer cambio es que está condicionado por el núcleo silábico siguiente, que en latín y en español debe ser siempre una vocal y nunca puede ser una consonante o una semivocal⁴². El segundo cambio está condicionado sólo por la presencia del acento de la palabra y no se ve afectada por ningún elemento inicial de sílaba que preceda a la vocal en cuestión.

Comencemos examinando la circunstancia en la que los dos cambios no coinciden, y no han quedado restos de palabras inalteradas. En algunas variedades del castellano, las más septentrionales, el cambio (1) debió haber afectado a todas o casi todas las palabras apropiadas antes de que el cambio (2) llegara a esta área. Como resultado de esto, todas las palabras de la tabla 3.9 (en las que F precede directamente al núcleo silábico) se han visto afectadas. Sin embargo, las palabras que siguen el modelo presentado en la tabla 3.10, en las que [f] no es prenuclear, no pudieron ser afectadas por este cambio. Cuando el cambio (2) comenzó a actuar sobre la [ó] tónica, convirtió simplemente [hónte] y [frónte] en [hónte] y [frwénte] pero no tuvo otro efec-

⁴² Un planteamiento distinto, a saber, que este cambio pudo ocurrir en cualquier medio, se basa en los datos del gascón, donde la F latina pasó a /h/ incluso ante los elementos no nucleares [r], [l] y [w] (por ejemplo, FOCU > houèc 'fuego'). Sin embargo, el hecho de que el cambio parezca estar efectivamente sin condicionar en gascón no implica que en otras variedades romances, como el castellano, el cambio no estuviera más limitado en su dominio.

to en la forma de estos grupos de palabras⁴³. Siguiendo el cambio ulterior [frwénte] > [frénte], estas pronunciaciones han permanecido inalteradas y se conservan hoy en el habla rural del occidente cántabro y del oriente asturiano (Rodríguez Castellano 1946, Penny 1984). En estas áreas, por consiguiente, todas las palabras susceptibles de cambiar se han visto afectadas por ambos cambios.

FŪSU >	[húso]
FONTE >	[hónte]
FAMINE >	[hámmne]
FEMINA >	[hémna]
FĪCU >	[híku]

Tabla 3.9. Desarrollo primitivo en Cantabria de palabras latinas que contenían una [f] prenuclear

FRONTE >	[frónte]
FRIGIDU >	[frído]

Tabla 3.10. Desarrollo primitivo en Cantabria de palabras latinas que contenían [fr]

Un escenario distinto muestran las variedades castellanas habladas al sur de Cantabria. Allí los dos cambios se interfirieron el uno con el otro y produjeron un residuo de palabras sin alterar por el cambio (1). En el área de Burgos, como muestra Méndez Pidal en su examen magistral de los topónimos (1964: 226-7), el cambio (1) comenzó más tarde, y empezó a extenderse desde el norte en el momento en que el cambio (2) ya se había iniciado. En esta área, debió todavía de existir competencia entre la innovadora [fwénte] y la conservadora [fónte], en el momento en que [f] comenzaba a evolucionar hacia [h] en posición inmediatamente prenuclear, de modo que el resultado fue la variación entre [fwénte] y [hónte]. La alternancia entre [wé] y [ó] a favor de [wé] se fue resolviendo gradualmente, de modo que la varia-

⁴³ Las palabras como /hwénte/ más que articularse con una [h] glotal, a menudo muestran una labiovelar sorda [M] o una bilabial sorda [Φ].

ción entre [fwénte] y [hónte] se resolvió en la variación entre [fwénte] y [hwénte].

En el área de Burgos el cambio [f] > [h] ha dejado un residuo de palabras sin alterar (*fuelle, fuera, fuerte, fuego*, etc.), aunque se debe añadir que la competencia entre estas formas y sus alternantes ([hwénte], [hwéra], [hwéle], [hwérte], [hwéyo], etc.) todavía no se ha resuelto. El habla rural en esta área (y en muchas otras áreas de Castilla, Andalucía y América) mantiene las variantes aspiradas (empleando una pronunciación idéntica a la pronunciación regional de palabras como *juego*), mientras que las variantes labiodentales se han identificado cada vez más con las variedades urbanas/instruidas y fueron al final las formas elegidas como estándares en la baja Edad Media⁴⁴.

⁴⁴ Para el proceso mediante el cual las variantes en competencia son reasignadas a diferentes sociolectos, véase el apartado 3.1.6.

VARIACIÓN EN EL ESPAÑOL PENINSULAR

En el capítulo 2 hemos visto que todas las lenguas existen en un estado de heterogeneidad ordenada, tanto si consideramos los aspectos de variación espaciales, como los sociales o los diacrónicos, y en el capítulo 3 hemos estudiado la manera en que tal variación organizada determina a menudo la forma en que actúa el cambio lingüístico. Muchas de estas cuestiones generales han sido ejemplificadas con datos extraídos de las lenguas peninsulares, pero en el presente capítulo abordaremos una consideración más sistemática de la distribución de rasgos lingüísticos en la Península. Primero estudiaremos la variación geográfica, buscando una explicación de los principales patrones de distribución de estos rasgos a través de la Península. Luego nos centraremos en los aspectos sociales de la variación, donde se hace difícil encontrar las razones de los patrones específicos de heterogeneidad, pero donde estudiaremos algunos de los muchos y notables ejemplos en que la variación social y la variación lingüística se interrelacionan.

4.1. VARIACIÓN GEOGRÁFICA

La actual distribución geográfica de rasgos lingüísticos en la Península viene determinada por dos conjuntos de circunstancias, a saber, la existencia de un *continuum* dialectal septentrional y la expan-